

UN THRILLER DE LA INSPECTORA OLIVIA WOLF

GAMBITO DE REY

UN MISTERIO EN LA ACADEMIA



RICCARDO
BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Gambito de Rey: Un Misterio en la Academia

Un thriller de la Inspectora Olivia Wolf

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination.

Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2501120615153

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



En memoria de Cesare Lombroso.

El crimen refleja la lucha entre el bien
y el mal en el individuo.

Cesare Lombroso

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“★★★★★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“★★★★★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“★★★★★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“★★★★★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“★★★★★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“★★★★★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo....

Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“★★★★★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.

He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\).](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

[El Secreto del Pantano](#)

[Vivo Porque Mato](#)

[A Rey Muerto, Rey Puesto](#)

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\).](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Gildo Falcone

[Muerte en Roma](#)

[Muerte entre Viñedos](#)
[Spaghetti, Albóndigas y Venganza](#)
[Conspiración en Roma \(Cuento de Navidad\)](#)

Serie El Forense

[El Forense](#)
[Los Muertos También Disparan](#)
[Un Mundo de Sombras](#)
[Las Marcas del Pasado](#)
[Asesinato en la Academia](#)

BIBLIOGRAFÍA

SERIE

ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO
9. VIVO PORQUE MATO
10. A REY MUERTO, REY PUESTO

SERIE

GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
 2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
 3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA
 4. UN FUNERAL EN ROMA
- + CONSPIRACIÓN EN ROMA (CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE

BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA



SERIE

EL FORENSE

1. EL FORENSE
 2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN
 3. UN MUNDO DE SOMBRAS
 4. LAS MARCAS DEL PASADO
- + ASESINATO EN LA ACADEMIA



“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de este libro te regalaré la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo***, El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.

...Y alguna sorpresa más.

Además, ¿quieres saber más sobre mi proceso creativo, qué me inspira o qué hago en mi día a día como escritor?

Te dejaré el link a **mi Podcast** realizado con Pablo Poveda.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

Bienvenido al Universo Akeron

Este no es un lugar donde estar cómodos.

Akeron es una ciudad en la que nadie viviría por placer, pero muchos necesitan quedarse aquí. Es como una silla de madera con espinas en medio del desierto: si te sientas, es por necesidad.

Tú estás invitado, pero ten cuidado, porque este lugar te atrapará por su misterio y violencia; por sus adversidades y retos.

Aquí la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción. No será un recorrido fácil, pero seguramente será emocionante.

De modo que te invito a entrar en Akeron City, pero recuerda que, una vez que cruces el umbral, no serás la misma persona.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Pasaron las semanas en la Academia Lombroso y con ellas, la memoria.

Los sucesos que nos pasan en la vida son tan efímeros como las páginas de un periódico, en cuanto ven la luz del sol, ya son viejas.

El tiempo hace olvidar y todos olvidamos o, mejor dicho, todos todos no.

Valentino y Olivia habían pasado de ser la pareja aclamada y del momento a ser olvidada, ser como antes, una del montón que acudía a las clases del curso de la Academia Lombroso.

Esa mañana, Olivia había quedado con Jessica, una compañera del curso de inspectores para estudiar en la biblioteca. Pasaron por la cafetería, un batido verde y directas a estudiar.

Cuando llevaban varias horas, la amiga le tocó una mano para llamarle la atención.

—¿Qué te pasa? Te veo distraída, nos queda poco tiempo antes de este examen.

Olivia miró el móvil.

—No sé, hay algo que me tiene intranquila.

Jessica arrugó el ceño.

—Pues que llevo desde ayer por tarde que no sé nada de Valentino.

—¿Y eso?

—No sé, estuvo estudiando, pero no me contesta, no lo sé.

—¿Y nunca lo hace?

Olivia meneó la cabeza.

—¿Y si lo llamas?

—Lo he hecho varias veces, pero no me contesta —concluyó, preocupada.

—Acabamos —dijo la amiga, mirando el reloj—. Media hora y vamos a buscarlo, tranquila, seguro que se habrá dormido.

Olivia asintió mientras le regalaba una sonrisa forzada.

Los treinta minutos pasaron y cerraron los libros a pesar de que Olivia no pudo avanzar mucho en el estudio con la cabeza preocupada. Algo sentía que no iba bien, algo chirriaba en su interior; ese no era un comportamiento habitual de su compañero.

Valentino, que era un Cáncer ascendiente Aries, pesado, insistente y, sobre todo, intenso. Él, que enviaba un mensaje contando todo hasta cuando estaba en el lavabo.

Cruzaron el campus hasta el edificio donde estaban los alojamientos de los cadetes de detective privado.

Subieron las escaleras y aceleraron el paso por el pasillo hasta su puerta. Esta tenía un cartel de «no molestar» rojo enganchado a la maneta.

Tocó con energía.

—Valentino, ¿estás ahí? —gritó Olivia sin miramientos mientras daba palmadas a la puerta—. ¡Valen!

Nada, no había respuesta. Insistió sin obtener nada.

—¿No tienes llaves?

—No, no quise tenerla.

—¿Y por qué? —preguntó Jessica.

Olivia se encogió de hombros. Detrás de la amiga había un carro de la mujer de la limpieza, fue corriendo hacia ella.

La buscó dentro de una habitación que estaba arreglando y le pidió que le abriera la puerta de Valentino.

Ella la siguió y con la llave maestra abrió.

Cuando la mujer estaba girando la llave, pesó que se podía haber dormido o desmayado o, simplemente, se había encerrado en su mundo para estudiar y se había olvidado el móvil en modo avión. O peor aún, ¿estaría con otra chica?

Olivia se adelantó y entró primera preparada para cualquier cosa.

—¿Valentino? —gritó.

Al entrar, se llevó una decepción; él no estaba.

La cama impoluta, la habitación en orden y sin nadie.

Miró debajo de la cama y dentro de un armario; no había rastro de él.

—Mira, es su mochila —le dijo a Jessica.

—Chicas, no toquéis nada, yo sigo; cuando estéis, me decís.

Olivia asintió y se volvió a girar.

—¿Dónde puede haber ido sin decir nada? —preguntó Jessica.

Olivia vio algo que no debía estar allí, en el escritorio había algo que le era familiar. Se acercó y su cuerpo se estremeció, era una

figurita de madera.

Se quedó boquiabierta por unos momentos.

Sacó un pañuelo y lo recogió, debajo había un mensaje escrito a máquina y recortado.

«Wolf, esto solo ha comenzado».

1

Akeron.

Academia Lombroso.

Valentino había desaparecido.

Solo habían dejado una pista para que Olivia la encontrara; una figurita tallada en forma de torre y una nota: «Wolf, esto solo ha comenzado».

Se repetía esta frase en su cabeza como si fuera una canción pegadiza del verano. Una y otra vez, y, a pesar de las veces que se la repetía, no daba con la solución a ese mensaje.

Haber entrado los primeros en la habitación de su amiga Lina Spencer y haber resuelto el caso había tenido un coste. Un coste personal y un coste social.

El social era que, *a priori*, se había convertido en una chica popular, pero algo pasó que, de pronto, todos se olvidaron de ella y la evitaban.

¿Qué había pasado?

El precio personal era el que estaban pagando Valentino y ella, con su nombre en la nota.

Después del hallazgo, se fue directa a dirección para denunciar la desaparición.

Tras esperar un buen rato para que la atendiera, el director de la academia arrugó el ceño y solo le dijo que ya volvería a aparecer, que esa nota no decía nada y que sería una broma o una coincidencia.

Ella respondió que más que una broma sería una inocentada muy pesada. Pero el director ya no parecía el mismo de aquella noche en que la policía se llevó al profesor de Técnicas Avanzadas de Interrogatorio, Markus Schmidt y a John, el autor material del crimen de Lina.

Estaba viviendo una pesadilla.

No reconocía a ese hombre.

¿Cómo podía ser que hubiera sufrido tal metamorfosis?

«Ya volverá a aparecer», respondió, seguro de que era una broma.

Olivia salió del despacho con la intención de buscarlo ante la desidia de la academia.

Pero buscarlo activamente era poner en juego su carrera y sus exámenes. Y ahora se encontraba sujetando un boli en medio de una de las pruebas finales del año.

En su mente solo estaban la torre y la nota.

Nada de conceptos, teorías, procedimientos de investigación o análisis criminales.

Ese examen se estaba convirtiendo en un calvario.

¿Cómo podía ser que su asignatura preferida se hubiera convertido en una tortura como esa?

Quizá, precisamente, porque era lo que le gustaba: investigar y seguir con su olfato los errores de la sociedad.

En Akeron City había una estela de podrido que solo ciertos olfatos sabían seguir y determinar.

A Olivia le costó controlar el continuo estribillo que se repetía: «El peor examen que has hecho en la academia».

Tenía razón, lo que estaba escribiendo era mediocre, por no decir basura, pero era todo lo que había podido estudiar en las horas anteriores; eso era lo mejor que podía hacer.

Olivia levantó la cabeza, habían pasado casi dos horas y la sala estaba casi vacía. Solía ser una de las primeras en acabar, pero esa vez era diferente.

Resopló, siguió hasta las últimas frases y puso el punto final.

Suspiró de forma ruidosa. No era alivio lo que salía de sus pulmones, en parte era desesperación.

Entregó el examen al profesor y salió del edificio.

De las gárgolas góticas del tejado salían chorros de agua que alcanzaban el suelo con presión. Dragones, ángeles negros y monstruos alejaban malos espíritus del edificio que representaba la ley.

Pero esa vez no había sido posible. A pesar de esas figuras, de las cuales el campus de la academia estaba repleto, el crimen seguía dentro de esos muros. Y Olivia estaba decidida a encontrarlo, aunque fuera ella sola.

Varios compañeros le preguntaron cómo le había ido el examen. Ella mintió clamorosamente. Nunca lo había hecho, se sentía mal por lo que había entregado y por las mentiras que iba diciendo.

«¿A quién quieres engañar?», la boicoteaba su mente.

Se sentó bajo el tejado del porche, justo al borde, para que le diera el aire fresco sin mojarse por la lluvia.

Encendió el móvil para ver los mensajes, esperando que hubiera alguno de Valentino. A diferencia de lo que esperaba, había una llamada del inspector Caruso.

Se la devolvió enseguida.

Mientras sonaban los tonos, miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie escuchara la conversación que iba a tener.

Al tercer tono, contestó.

—Cadete Wolf... —saludó con voz seria.

—Inspector, tiene que ayudarme —respondió con la mano tapando el auricular.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Han raptado a Valentino.

—¿Qué quiere decir con... raptado?

Entonces ella le explicó con sumo detalle todo lo que había sucedido.

—Entiendo. ¿No podría ser que se haya alejado unos días?

—¿Alejado? ¿Valentino? ¿Sin decirme nada y un día antes de un examen final? ¡Imposible, inspector!

—¿Está segura, cadete?

—No lo entiende, si no, estaría aquí investigando...

—Cadete Wolf, entiendo su preocupación, pero no creo que dentro de la academia Lombroso alguien esté secuestrando estudiantes.

—¿Es que no ve que la organización aún no ha desaparecido? Sigue entre nosotros. Sigue con su plan. No hemos conseguido sacarla de estos muros. Sigue entre nosotros... —dijo levantando la voz, casi enrabada con el hombre.

—Deje ese tema en nuestras manos. Además, tiene que considerar que hay que esperar un par de días antes de dar por oficial la desaparición.

—¿Y mientras qué hacemos?

El hombre se detuvo un momento, se oyó una hoja moverse.

—Por las fechas en que estamos, creo recordar que es época de exámenes. Concéntrese en eso.

—Pero es que Valentino tampoco se ha presentado al examen final de hoy.

—¡Wolf! Si fue ayer la desaparición, espere un día más e iré personalmente a verla. ¿Está claro?

Ella resopló.

—¿Wolf, me ha oído?

—Sí, inspector, pero me da igual de lo que me diga. Dentro de veinticuatro horas, vaya a saber cómo y dónde estará Valentino. Sin agua, uno puede morir en días. Sin aire, en minutos. Pero sin confianza, esa es una muerte lenta, y no quiero que a mi amigo le pase nada. Yo voy a averiguar todo lo que pueda.

—Wolf, no se meta en líos, está estudiando para ser inspector, aún no lo es.

—Da igual, seguiré mi instinto. Si tengo novedades, le llamaré, si no, le espero mañana para seguir buscando a Valentino.

—Es igual que su padre, espero que... —Se interrumpió con un golpe de tos.

—Tenemos una conversación pendiente —espetó ella.

—Lo sé, a su debido momento —dijo, y colgó.

Ella guardó el móvil en el pantalón. Miró su reloj, había tiempo para la siguiente clase y tenía una idea por dónde comenzar a buscar a su amigo ahora que ya no tenía el lastre de uno de los exámenes finales.

2

Valentino nunca se alejaría de la academia sin decirle nada.

En primer lugar, sin dejar rastro, no sería él y segundo, no cuando estaría haciendo los exámenes de detective.

El inspector Caruso se equivocaba. Él no conocía cómo era Valentino y la relación que tenían.

Faltaba una hora para la clase siguiente. Decidió ir a la cafetería del campus, a la que solían acudir los dos.

Desplegó el paraguas y caminó hacia el establecimiento sorteando los charcos. De la hierba mojada salía una humedad con olor a césped cortado.

Las aceras estaban vacías, pocos alumnos se dirigían hacia los edificios de las habitaciones. Todos iban en sentido contrario, hacia las aulas.

Después de varios minutos bajo la lluvia, acabó enfrente del edificio de la cafetería. Era moderna, una nueva gestión de ese año. Después de pasar por varias manos, habían encontrado a unas personas que sabían llevarla. Café bueno, platos modernos, algunos vegetarianos, batidos y licuados de frutas.

Al entrar, se apreciaba un olor a canela y a bollería.

En la barra estaba Vanesa, la chica que había conseguido el contrato para ese lugar con una dura negociación con el director. Hermana de una cadete que cada vez que volvía a casa se quejaba de la cafetería, al final, consiguió hacerse con el lugar.

Cuando llegó el momento de ponerle nombre al establecimiento, estuvo un par de días indecisa. La duda fue tan grande que al final lo llamó Sin Nombre.

Cafetería Sin Nombre.

Sonaba bien y todo.

Llevaba un moño de rastas y una camiseta blanca impoluta.

A pesar de dar una imagen *hippie*, la mujer cuidaba mucho del lugar y la higiene era lo primero.

—Hola, Vanesa, un café de los tuyos, por favor.

—¿Con canela y espumita?

Olivia asintió.

—¿Dónde tienes a tu hombre? —preguntó la camarera—. Siempre vais juntos.

Olivia cogió el vaso de café y sacó una mano del bolsillo del pantalón, lleno de moneditas.

—¿Te importa que te pague con esto?

—Claro que no —respondió, y la otra se puso a contarlas—. El fin de mes es duro para todos, ¿verdad?

Olivia subió las cejas y cuando acabó de contar las monedas, se dio la vuelta. La cafetería estaba prácticamente vacía. Se sentó en una silla lo más cerca de la barra e hizo lo que más le gustaba: saborear el primer sorbo.

Quitó la tapa de plástico, bebió y se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Valentino?

—¿Os habéis enfadado? ¿Problemas amorosos?

Olivia se encogió de hombros e hizo un ademán.

—No, no es lo que crees.

La chica, que limpiaba la cafetera, se giró y le hizo un guiño.

—Lo que tú digas. Pero creo recordar que vino aquí ayer por la mañana. Más o menos sobre las doce. Estaba esto a tope a esa hora y solo me dijo que había quedado con alguien.

A Olivia se le agrandaron los ojos. Si el café no hubiera estado apoyado en la mesa, se le habría caído.

—No hace falta estudiar para detective para deducir que no sabías nada. Espero no haber metido la pata.

—No, no te preocupes, pero es que no me lo esperaba. Creía que nos lo decíamos todo y que... En fin, no lo sabía.

—No parecía algo amoroso, sino algo más serio, ¿sabes? —aseguró la barista.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que dijo como que tenía un asunto serio e iba con una bolsa de plástico.

—¿Qué tiene que ver que fuera con una bolsa de plástico?

—Pues que, cuando quedas con alguien que te importa, no vas con una cutre y replegada bolsa de plástico. Vas arreglado y con una bolsa de papel, aunque sea de una tienda al azar —dijo, sacudiendo un pañuelo en el aire para enfatizar lo que estaba diciendo—. Ya me entiendes, Olivia.

—Su mochila estaba en su habitación.

Vanesa no lo terminó de entender.

—¿Valentino ha desaparecido?

—Lo estoy buscando, aún es pronto para que la poli entre en acción, faltan veinticuatro horas.

—Menuda chorrada.

Olivia se encogió de hombros. Luego dio un sorbo largo al café y miró por la ventana.

Le sobrevino una neblina de recuerdos, una cafetería llena de cadetes, gritando y riendo. Valentino estaba delante de ella. Se reía de ella, de su ritual de beber su primer sorbo con despreocupación y el café dejando su rastro en los labios.

Las calabazas con sonrisas maléficas iluminadas y telarañas de algodón.

El calor navideño y los villancicos.

Recuerdos que se entrelazaban y aparecían de sopetón, todos con Valentino.

Sonrió, viéndolo en medio de la confusión de los recuerdos.

—Tenía que ver a alguien, ¿pero a quién? ¿Y por qué no me lo dijo? ¿Por qué tanto silencio y tanto hermetismo? —se preguntó.

—No le des más vueltas. Los hombres son así, son como los gatos, nadie entiende por qué hacen las cosas —dijo, señalándola con el mismo trapo—. Créeme, que en hombres tengo bastante experiencia.

Olivia sonrió y miró la hora. La clase siguiente era la de Criminología Aplicada. Considerando dónde estaba el aula, ya llegaba tarde.

Dio un último sorbo y tiró en la papelera el vaso.

Luego se acercó a la barra, cogió una servilleta reciclada y apuntó su número de móvil.

—Vanesa, si te acuerdas de algún detalle más de esa conversación o vuelve Valentino, por favor, llámame —dijo mientras se lo pasaba.

—Descuida —aseguró, haciéndole un guiño después de mirar el trozo de papel.

Olivia sonrió y se fue. Abrió el paraguas delante de la cafetería y, al dar el primer paso, se detuvo.

Retrocedió y cerró el paraguas.

Metió la cabeza por la puerta y llamó la atención de la camarera.

—Vanesa —llamó mientras esta se giraba con algo de asombro—. ¿Recuerdas si dijo si era mujer u hombre con quien había quedado?

La camarera se lo pensó unos instantes.

—Creo que no lo dijo, pero si me acuerdo, te lo digo —afirmó, levantando la servilleta.

Olivia suspiró y desapareció al cerrar la puerta.

Se dirigió hacia la clase.

Vanesa le había abierto una ventana de posibilidades. Su compañero había quedado con alguien, sin decirle nada.

El beso en la colina había creado un cariño entre ellos, una nueva oportunidad a una nueva relación.

Mientras caminaba bajo el agua, se le ocurrió que podía haber quedado con una chica y que solo había desaparecido por haber dormido en casa de ella. Un amor fugaz. Un amor de una noche.

Pero cuanto más pensaba en esa idea, menos crédito le daba y menos real le parecía. Valentino no era de ese tipo de chicos, de eso

estaba segura.

Así que no podía ser.

Con una bolsa de plástico. Uno no queda para verse con un ligue con una bolsa de plástico.

Dio un suspiro profundo.

A pesar de estar tan segura de eso, casi prefería que hubiera desaparecido con una morena o una pelirroja a que se hubiera metido en algún lío.

Un lío, sí, pero cuál. Solo le quedaba seguir investigando y rezar por encontrar alguna pista.

3

La lluvia repicaba en el paraguas.

Los pies de Olivia, ya casi mojados por completo, tenían dificultad para encontrar trozos de acera sin charcos.

Cuando había lluvia, los edificios de la academia Lombroso adquirían un áurea más mística y tétrica. Las gárgolas que escupían chorros de agua y las pequeñas ventanas, con cristales divididos en un mosaico de vidrios, les daban un aire de monasterio o de iglesia.

Los edificios más antiguos aún estaban contruidos según la vieja escuela, con paredes de piedra. En los extremos, donde se conjuntaban los edificios o se acababan, se alzaban hacia el cielo unas torres con techos de punta.

Olivia tenía cierto temor a mirar fijamente a las ventanas porque le parecía que en cualquier momento podía salir un fantasma o un jorobado pariente de la catedral de París.

Apresuró el paso.

A pesar de estar en la mismísima cuna de la ley de Akeron, eso no eximía que entre sus paredes hubiera crímenes.

Fue hasta el edificio de su clase. Entró con los zapatos mojados. La goma de la suela producía un chirrido extraño al contacto con el mármol seco.

Empujó la puerta del aula y el profesor se interrumpió.

Olivia, que era una de las que llegaban siempre primero y le reventaba que la gente entrase más tarde que el toque de campana, pidió perdón mirando al suelo. Ese día le tocó a ella interrumpir al profesor.

La multitud de cadetes, después de mirarla, se volvieron a girar hacia el profesor. Este negó con la cabeza y esperó a que llegara a su sitio.

Cuando se sentó, siguió.

—Bueno, como iba diciendo antes de ser interrumpido tan abruptamente, nos centraremos en la psicología del crimen organizado. Esta esfera del crimen no solo requiere una comprensión de las leyes, sino también un profundo conocimiento de la mente criminal colectiva que sustenta a estas redes —dijo con voz estridente.

El profesor Endermeyer, de Criminología Aplicada, era un cascarrabias, como decía Valentino. Tenía cruzada a Olivia y le daba un punto o dos por debajo de la nota que se merecía. Él ni lo entendía ni sabía de dónde salía esa manía hacia Olivia.

El hombre muy agraciado no era. La barriga le sobresalía tanto que la hebilla del cinturón parecía un arma a punto de disparar.

Siempre de traje, ese día vestía una combinación muy extraña: chaleco gris, corbata roja con camisa azul de rayas y americana azul. A lo mejor, esa combinación estrambótica era fruto de lo que tenía

limpio, el resto de los trajes podían estar en la tintorería intentando sacar manchas de salsa o salpicaduras de tomate.

El tiempo y la calvicie habían trabajado tanto que casi habían unificado la frente con el cuello. El resto era un aro de pelo corto y gris.

La mirada inquisidora y las arrugas en la frente le daban una imagen temible.

—Es fundamental entender que la organización de un grupo delictivo funciona casi como una empresa: con jerarquías bien definidas y roles especializados. Los líderes de estas organizaciones no son simples matones, son estrategias excepcionales y, en muchos casos, hábiles manipuladores. Estudiar sus perfiles psicológicos nos puede proporcionar *insights* sobre sus motivaciones, miedos y, lo más importante, sus próximos movimientos —continuó el hombre, indicando unas diapositivas en una pantalla.

Mientras Endermeyer explicaba, Olivia se giró a su izquierda, hacia su compañera de pupitre, Jessica. Con ella había entrado en la habitación de Valentino y encontrado la figurita de madera y la nota.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Jessica.

—Nada, parece que se lo haya tragado la tierra —susurró, y siguió—. Lo único es que la de la cafetería Sin Nombre me ha dicho que había quedado con una persona el día que desapareció.

Jessica subió las cejas.

—¿Quién?

—No lo sabe, no se lo dijo. Solo sé que llevaba una bolsa de plástico y ¡puf! Desaparecido.

—¿Cómo puede ser que haya desaparecido? —susurró Jessica.

—Estoy preocupada. A lo mejor solo se ha ido con una chica y ya está.

Jessica se apartó y la miró de soslayo mientras negaba.

—Imposible. Valentino era más tímido que un patito feo.

—No sé, a lo mejor se cansó de todo e incluso de mí...

—Señorita Wolf, por favor, podría abstenerse de murmurar mientras yo hablo. Gracias. Continuando, abordaremos teorías criminológicas clásicas y contemporáneas que nos ayudarán a desglosar los mecanismos de influencia y poder dentro de estas redes. Analizaremos casos históricos y actuales para ver cómo estas teorías se aplican en escenarios reales.

Olivia se calló al acto, sonrojada como un tomate.

La otra chica asintió.

El anfiteatro de las clases de inspectores de policía era un espacio con una curva de pupitres incrustados en una pared que bajaba. A media altura, estaban los de Jessica, Olivia y Valentino, en ese orden.

Al fondo, un espacio donde el profesor tenía un escritorio y detrás, donde antes había una pizarra, había una pantalla.

Encima, una fila de ventanas alargadas dejaba entrar rayos de sol o el ruido de la lluvia.

—No subestimen la complejidad del crimen organizado. A lo largo del curso, aprenderemos no solo a anticipar, sino a intervenir eficazmente en estas estructuras sin caer en las trampas comunes que estos criminales tienden a aquellos que los persiguen. Cada sesión es vital y espero su máxima atención y participación.

Mientras el profesor seguía hablando, a Olivia se le ocurrió meter la mano en el cajón del pupitre de su izquierda, el de Valentino. No solía guardar gran cosa, solo objetos que podían ser útiles en clase.

Alargó el brazo con un cierto disimulo. Las yemas de los dedos notaron un grueso y compacto bloque de papel que resultó ser un diccionario de criminología. Un mamotreto que nadie se llevaba a casa y a nadie se le ocurriría robar. Luego, notó la piel arrugada de alguna manzana, dejada vete a saber cuándo, con las propiedades de una pasa.

Encontró bolígrafos y un rotulador y, por último, una pequeña libretita.

Olivia arrugó el ceño mientras la sacaba del pupitre con disimulo.

¿Qué hacía su libreta allí? La libretita que siempre llevaba.

La abrió por el final y buscó la última página con anotaciones.

Solo había una frase: «Doce y media, en el laboratorio de química».

4

Olivia se quedó sorprendida, sin moverse, casi sin respirar.

La frase la caló como una medicina. Había encontrado una pista que parecía una autopista hacia la salvación.

El laboratorio de química.

«¿Por qué solo, Valentino? ¿Con quién habías quedado?», se preguntaba Olivia.

Se lo pasó a Jessica para que lo viera.

La compañera, en un primer momento, no lo entendió.

—Señorita Wolf, me sorprende que siga estando en la luna con notitas y chismorreando con su compañera. Creo que debería prestar más atención o se quedará sin título y sin plaza, ¿me ha entendido? —preguntó el profesor, y ella asintió—. Ahora, entrando en los detalles más específicos de nuestro estudio sobre la psicología del crimen organizado, comenzaremos analizando la estructura de liderazgo dentro de estas organizaciones. Los líderes, a menudo vistos como figuras carismáticas y autoritarias, utilizan una variedad de técnicas psicológicas para mantener la lealtad y el control. Examinaremos detenidamente cómo la manipulación y el miedo son

empleados como herramientas de gobernanza dentro de estas redes.

«¿Luego vamos?», escribió en un papelito y se lo pasó a su amiga.

Ella contestó con un OK.

Olivia suspiró y esperó a que la clase acabara para seguir con su propia investigación.

—Por ejemplo, consideremos el concepto de la «economía de la violencia», donde la violencia no es aleatoria, sino calculada y diseñada para maximizar el control económico y político. Analizaremos casos en los que líderes criminales han utilizado la violencia de manera estratégica para fortalecer su posición dentro de la organización y en su entorno —dijo con voz chirriante que se cortó por la campana.

Entonces todos los alumnos se levantaron y recogieron sus cosas.

—Para mañana, léanse desde la página trescientos veinticuatro hasta la cuatrocientos cinco y las repasaremos en clase —dijo con un toque de resentimiento porque la campana lo había interrumpido.

Entre los alumnos se levantó una protesta general por la barbaridad de páginas que tenían que leer en pocas horas.

Olivia recogió sus cosas y cogió la libreta de Valentino. Siguió a Jessica hasta la salida, sorteando a la gente que quería abandonar la sala lo antes posible.

La primera cadete se quedó a los pocos metros de la puerta. Olivia, con su mochila y un paraguas aún mojado, la atrapó. Su expresión era preocupada. A pesar de la joven edad y de la piel

tersa en su rostro, se estaba afincando una arruga de inquietud en medio de los ojos.

—Menuda barbaridad de trabajo nos acaba de dar este tío —refunfuñó Jessica.

—Ese es el último de mis problemas, ¿cuánto tiempo tenemos hasta la próxima clase? —preguntó Olivia.

—¡No!

—Tenemos que encontrarlo o será demasiado tarde. Ahora tenemos una pista —insistió Olivia, sacando la libretita de Valentino.

—Pero tenemos los exámenes finales, si faltamos a las últimas clases, nos crujirán, y si comienzo a catear a final de curso, mis padres no me van a pagar años extras de academia. ¿Me entiendes?

Olivia le regaló una de sus mejores sonrisas. Luego, le apoyó una mano en el brazo.

—Tranquila, no te estreses, vamos solo hasta el laboratorio. Comeremos un sándwich de camino y así no perdemos ninguna clase, ¿te parece?

—Olivia, a las dos tenemos la clase de Forense Digital y Ciberseguridad. No podemos permitirnos el lujo de saltárnosla.

Ella miró su reloj y esbozó una mueca.

—Tenemos menos de una hora para todo. Podemos hacerlo.

Jessica levantó las cejas.

—¿Comer y cruzar el campus? ¿En serio?

—Confía en mí —dijo Olivia, y la cogió de la mano para salir del edificio.

Abrió el paraguas y comenzaron a caminar las dos abrazadas al resguardo de la lluvia.

—¿Cuál es tu plan genial? —preguntó, sarcástica.

—Ya te lo he dicho, confía en mí —dijo, y se desviaron hacia el pequeño supermercado del campus.

Entró Olivia y, con las últimas monedas que tenía en sus bolsillos de los cambios de todo el mes, compró unos panecillos y un blíster con lonchas de queso.

Una vez pagado, se detuvo a formar unos sándwiches improvisados.

Un par de pañuelos de papel y se los comieron de pie, cerca de la salida, mirando la lluvia.

—¡Con quién puede haber quedado! —espetó Jessica entre bocado y bocado.

—Cuanto más lo pienso, más increíble me parece. De él no me lo hubiera esperado. Hay algo que no sabemos...

—¿Y si para hacerse el chulo, hubiera quedado con alguien raro? Para impresionarte.

Olivia pensaba en esa frase mientras masticaba la precaria comida. Esa teoría no era del todo descabellada. Valentino, como detective, era bueno, muy bueno. Tenía talento, según Olivia, y potenciado con la formación que se adquiría en la Lombroso, el resultado solo podía ser un gran profesional.

Pero había un factor importante, uno de los motores que empuja a un individuo: el amor resultaba peligroso en ciertos casos.

Valentino tal vez había encontrado una pista de los Equites Serpentarii en la academia. Quizá, por impresionar a Olivia, quiso investigar solo y ser secuestrado era una consecuencia que le había costado muy caro.

—¿Tú crees que quería impresionarme? —preguntó Olivia.

—¿Valentino? Haría cualquier cosa para conseguirlo —dijo Jessica, y tragó un bocado no del todo masticado—. ¿Y me lo preguntas? ¡Cómo si no lo conocieras!

—Ya, me temo que sí, podría ser una de las teorías más factibles.

Se quedaron en silencio unos segundos más y cuando acabaron de comer, reanudaron el camino hacia el laboratorio.

Anduvieron entre charcos y calles que cruzaban cuidadas zonas ajardinadas. Entre flores y edificios de estilo modernista con gárgolas que escupían agua.

Cuando apareció en su ruta el edificio de química, se dieron cuenta de que, a pesar de su determinación para buscar a su amigo, aquello era lo más parecido a encontrar una aguja en un pajar.

Se acercaron a la puerta de acceso al edificio y apartaron el paraguas. Un porche de tejado a dos aguas las protegía.

Empujaron y estaba cerrada. Todas las luces estaban apagadas. Ese día el edificio estaba cerrado, ningún profesor tenía que dar ninguna clase allí.

—Muy bien, Olivia, estamos al otro lado del campus con una lluvia de escándalo, ¿para esto? —ladró Jessica, señalando la puerta cerrada.

Olivia arrugó la boca, contrariada por la situación.

—Tenemos menos de diez minutos para volver si no queremos perder la próxima clase.

—¡Ya lo sé! —contestó, enfadada—. No hace falta que me lo recuerdes cada cinco minutos. Tenemos que buscar dónde se encontraron y por qué allí.

—¿Tú sabes lo grande que es este lugar, maldita sea?

—Ya lo sé —espetó, ayudada con las manos—. Pero si encontramos una pista más, podremos seguir con esto, ¿me entiendes?

—¡Esto es de locos! No sé por qué te he seguido en esta búsqueda ya desde el principio.

—Concéntrate, Olivia —se susurró a sí misma.

Se acercó a los cristales y, con las manos apoyadas en ellos para evitar el reflejo de la luz exterior, miró dentro.

Todo parecía tranquilo y abandonado; sin embargo, agudizó la vista y vio cómo una mujer de la limpieza empujaba un carrito hacia el lado izquierdo.

Olivia la siguió hasta que desapareció de su vista.

—Tengo una idea —dijo, y abrió el paraguas.

Esperó a que Jessica se acercara y recorrieron el perímetro del edificio. Evitaron los chorros de las canales rotas y de las figuras monstruosas que escupían agua.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Ven, he visto a alguien —dijo mientras aceleraba el paso hacia algún lugar que aún no sabía bien ni ella.

Dieron la vuelta hasta la primera puerta que estaba casi al final de la pared de la izquierda.

Primero, había que cruzar un césped y una puerta después de tres escalones.

Olivia le dejó el paraguas a la compañera y se lanzó a la puerta.

Tocó con toda su fuerza.

—¡Señora! Señora, por favor —gritó mientras daba puñetazos a la salida de emergencia.

—¡Te has vuelto completamente loca! —dijo Jessica sin que la otra se diera cuenta.

Olivia siguió por un par de minutos mientras la acompañante se quejaba porque ya llegaban tarde a clase.

Cuando estaba a punto de desistir y marcharse, la puerta se abrió como por arte de magia.

Del otro lado, surgió un aire caliente y la figura de una mujer con un delantal claro.

—¿Quién es? —espetó—. ¿Estás loca, niña? —dijo, refiriéndose al salto generacional que había entre las dos mujeres.

—Estoy buscando a una persona.

—Te equivocas, niña, aquí no hay nadie, solo yo —aseguró.

—Espere, estoy buscando a un amigo que vino aquí ayer por la mañana —dijo, y siguió explicando cómo era Valentino.

—Ayer estaba yo, y este centro estaba cerrado por la mañana —refunfuñó, y fue a cerrar la puerta, pero Olivia se lo impidió.

—Espere, no era por clases. Era solo por verse con una persona. Por favor, ¿lo vio a las doce y media de la mañana? —insistió Olivia, sabiendo que esa mujer era la única persona que podía haberlo visto.

—A las doce y media, sí. Me acuerdo que en el otro lado, el derecho, vi cómo dos alumnos hablaban fuera. Y creo que uno tenía las características de tu amigo.

5

Los ojos de Olivia se abrieron de felicidad.

La señora lo había visto.

No daba crédito a lo que había escuchado. O tenía razón, la pista era cierta, o solo le había confirmado la presencia de su amigo para que se marcharan.

—¿En serio? —gritó en éxtasis.

—Creo que sí. Creo que era él.

—Por favor, no me diga que lo ha visto solo para hacerme feliz.

—¿Feliz? ¿Crees que yo estoy aquí para hacer feliz a los cadetes? Si no paráis de mear fuera de los váteres a pesar de todos los carteles que pongo. Por mí, os podrían quemar en el mismo infierno —espetó, y amagó con volver a cerrar la puerta—. ¿Ahora me dejas ir, por favor?

—Una cosa más, por favor. ¿Recuerda con qué profesor estaba?

—insinuó ella.

La mujer de la limpieza dejó de presionar sobre la puerta por un instante mientras pensaba.

—No, no, era un alumno, creo recordar que era un cadete también —dijo, y, aprovechando que Olivia había dejado de sujetar la puerta, tiró fuertemente y, justo antes de cerrarla, se escuchó—: Es lo que sé. Me tengo que ir.

La puerta se cerró y la chica se quedó con la boca abierta, pestañeando y rebobinando la conversación.

—¡Olivia! ¡Llegamos tarde! —gritó la compañera.

Se giró, recapacitó el tiempo de un par de parpadeos y bajó los escalones.

—Vamos, Jessica, pero por aquí —dijo Olivia, que, en lugar de volver por donde habían llegado, dieron la vuelta al edificio, pasando por detrás y luego por el otro lado, donde había visto la señora a Valentino con otro cadete.

Jessica aceleró el paso y a Olivia no le dio tiempo de ver mucho. No había nada que le pudiera demostrar o desmentir el testimonio de la señora.

Caminaron a paso rápido hacia el edificio de la siguiente clase.

Olivia guardó silencio. Solo había descubierto tres cosas importantes. La primera era que las anotaciones de la libreta eran ciertas. Sabía la hora y el lugar con quien se había visto y, la más importante, era otro cadete.

Entraron con varios minutos de retraso en el edificio. Subieron las escaleras hasta la clase y entraron ante la mirada inquisidora del profesor Moretti.

—¿Llegamos tarde justo al final del curso? —espetó el profesor.

—Lo siento, profesor, estaba lloviendo —dijo Olivia.

El resto de clase se rio.

—Claro, porque para el resto de los cadetes no llueve —replicó con un tono de desesperación—. En fin, siéntense.

La asignatura Forense Digital y Ciberseguridad se realizaba en un aula con ordenadores colocados en fila en largas mesas; la mayoría de las veces, había más alumnos que aparatos.

—Señorita Renzo, póngase en el último de la fila —ordenó, señalando el ordenador más alejado de la pizarra y del profesor—. Señorita Wolf, venga a este —dijo, señalando el que estaba más cerca de él.

Un ordenador de repuesto que estaba al lado del escritorio el profesor y de lado a todos los otros ordenadores. El peor, porque era considerado el del último, el del que llegaba tarde.

Olivia suspiró y fue a sentarse allí.

El profesor, desde la pizarra, comenzó a repasar el temario y los ejercicios que les podían tocar en el examen final.

Olivia se secó el sudor de la caminata rápida; no solía llegar a los sitios ni tarde ni jadeando.

Pasaron unos quince minutos y llamaron a la puerta.

Al abrirse, apareció un profesor de Criminalidad Aplicada y le hizo un gesto a Moretti para que se acercara.

Los dos hablaron unos segundos y entonces Moretti volvió a entrar.

—Repasen el capítulo veintidós, en unos minutos vuelvo y seguimos —anunció, y cerró la puerta.

El vocerío de la clase se despertó. Todos apartaron el teclado y abrieron el libro. En lugar de repasar, hablaron con el compañero de al lado, menos Olivia.

Cuando vio la oportunidad, se jugó todo a una carta.

Se levantó sin hacer ruido y casi escondida, sin que se dieran cuenta los demás, se metió detrás de la pantalla del ordenador del profesor.

Su sesión estaba abierta, al salir, se había olvidado de cerrarla y la cadete fue lo bastante rápida para que no se cerrase automáticamente.

Entró en el servidor central. Buscó si desde ese terminal se podía entrar en las cámaras.

—Venga, vamos, vamos —se repetía, escondida detrás de la pantalla y con el temor de ser pillada por el profesor o por uno de sus compañeros.

No fue demasiado difícil encontrarlo. El sistema de circuito cerrado estaba a su entera disposición.

Olivia se dio cuenta de que había una cámara en el lugar donde la mujer de la limpieza dijo que había visto a Valentino. Podía estar enfocando la zona, grabando la conversación o viendo alguna cosa que los de seguridad no habían visto.

Buscó la cámara y retrocedió hasta la hora del encuentro, las doce y media.

De repente, las voces de los dos profesores se volvieron a escuchar y, en consecuencia, los alumnos se fueron callando o volviendo a fingir estar concentrados sobre el capítulo indicado.

Olivia seguía detrás de la pantalla esperando encontrar ese fotograma que necesitaba para responder a la pregunta: ¿quién era el otro cadete?

La puerta de la clase se abrió y entonces apareció el momento que buscaba de la cámara de vigilancia.

Los cadetes aparecieron. Valentino y el otro.

¿Quién era el otro?

Cuando se giró Valentino, se le vio la cara y el sombrero.

No era un cadete normal. Era Dønato Vihëls, ni más ni menos. Olivia sonrió, ya tenía la siguiente pista. ¿Pero qué hacía Valentino con Dønato?

6

El profesor se despidió del otro hombre y cerró la puerta.

Ya era demasiado tarde para seguir mirando la pantalla. Hubiera sido un gran paso para entender qué había pasado ver los labios de los dos para intuir qué se decían, o ver si se iban juntos o qué hacían.

A lo mejor Dønato le dio algo o, simplemente, una información. A escondidas, ¿por qué no en clase?

No había tiempo para más preguntas. Tenía que salvar el trasero antes de que el profesor la pillara y acabara delante del director con una expulsión. Husmear en el ordenador de un profesor era una tarjeta roja directa.

Cerró el programa de las cámaras y la sesión.

Agachó la cabeza todo lo que pudo y pasó por debajo del escritorio, en el rincón ciego que tenía el profesor, que regresaba hablando.

Levantó su trasero y lo apoyó en la silla. Luego, como si fuera a levantarse tras atarse los cordones de sus zapatos, se incorporó.

El profesor siguió hablando hasta la pizarra.

Olivia suspiró. Lo había hecho otra vez.

Se la había jugado, pero tenía la siguiente pista.

Miró al fondo del aula y Jessica, que la había visto en su temeraria actuación, le estaba devolviendo la mirada con los ojos abiertos como platos.

Respiró de nuevo.

Estaba atacada por aquella misión imposible.

Dønato Vihëls. Lo había reconocido por su sombrero. Un pijo y exhibicionista detective de familia con solera.

El único que iba por allí con un sombrero negro de fieltro de la marca Borsalino.

Un viejo joven, como lo llamaban algunos detectives compañeros de Valentino.

Un guaperas repelente, desgraciadamente famoso por sus artes de seducción.

¿Qué tenía que ver Dønato con Valentino?

Era el próximo paso en esa investigación contrarreloj.

Cuando acabó la clase, Jessica la arrastró a un lado nada más poner los pies fuera del aula.

—¿Te has vuelto loca? —espetó susurrando—. Si te pillan, te echan de una patada.

—Ya lo sé, pero tenemos una pista. Sé con quién había quedado —dijo ella, y le dijo el nombre del joven detective en una oreja.

—¿Cómo? Døn... —gritó, y Olivia le impidió que acabara de decir el nombre tapándole la boca.

—Shhh, no digas nada.

—¿En serio ese engreído y asqueroso y baboso *playboy*, que parece que deberíamos estar todas coladas por él y por su ridículo gorro?

Olivia solo asintió.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—¿A qué te refieres?

—Para la próxima clase.

Jessica, después de ver el reloj, la miró negando.

—Ni se te ocurra.

Olivia suspiró y torció la boca.

—Hagamos una cosa. Tú vete a clase y yo voy a hablar con ese idiota. Cuando salgas, te llamo y te cuento. Pero que sepas dónde voy...

Jessica la cogió de los brazos.

—¡No! ¿Y si eres la siguiente?

—Estaré en un lugar visible con cámaras y con gente. No me puede hacer nada ese maldito detective de tres al cuarto.

—Eso es lo que tú dices, mira Valentino, y él no es tonto.

—Por eso quiero saber qué ha pasado, de qué hablaron, que pasó en esa reunión que tuvieron.

Jessica suspiró.

—¿Estás segura?

—Nunca lo he estado tanto... —confirmó Olivia sonriendo—. Tranquila, no pasará nada. Luego me dices qué ha explicado el profe, ¿OK?

—¿Y si me pregunta dónde estás?

—Dile que tengo gastroenteritis y que estoy anclada a la taza del váter, ¿OK?

—Claro, bueno, espero no decir eso delante de toda la clase, pero vale —dijo sonriendo mientras la amiga se dirigía hacia la puerta de salida—. Por cierto, no te olvides de activar la geolocalización —gritó mientras Olivia alzaba un pulgar en señal de que lo había escuchado—. Por si acaso... —susurró.

Los truenos retumbaban en el campus. La tormenta ya volvía a estar encima. Los goterones que picoteaban el paraguas no distraían los pensamientos de Olivia.

Su rumbo directo al edificio central de los detectives era como la marcha de una locomotora a vapor.

Siguió la acera hasta la parte especial dividida para los cadetes aspirantes a detectives privados.

A esa zona no iba mucho Olivia, debido a la rivalidad entre ambas especialidades.

Nunca había hablado con Dønato. Era una persona que no le gustaba ya solo al mirarlo. Valentino le había explicado muchas historias sobre él y ninguna de ellas lo dejaba en buen lugar.

Llegó a un alto y oscuro edificio con ventanas redondas de estilo modernista.

Las clases habían empezado y todos los cadetes ya estaban en sus aulas.

Un fuerte sentimiento de ansiedad le apretó el pecho cuando ya estaba en el porche de la entrada majestuosa del edificio.

¿Qué pensaba hacer?

¿Qué pensaba resolver con ese palurdo que encima estaba ya en clase?

La ansiedad por encontrarlo demostraba ser como la lluvia implacable de los peores días de Akeron.

Olivia cerró los ojos y respiró hondo un par de veces.

Tiró de la puerta principal y entró.

El vestíbulo era grande y espacioso con techos altos. El silencio gobernaba el lugar. Cada edificio de la Lombroso daba miedo a su manera.

Se acercó a la garita del conserje y preguntó por el cadete Dønato Vihëls.

La mujer buscó en su ordenador y le indicó la clase a la que asistía en ese momento.

Tragó saliva y subió las escaleras. Cruzó un pasillo y se plantó en la puerta del aula.

Reflexionó una vez más sobre el día estrafalario que estaba teniendo.

Tocó la puerta y entró. El profesor se detuvo.

Casi todos los cadetes se giraron hacia la puerta. Olivia, con la boca abierta y sin recordar por unos segundos qué hacía allí, miró a la clase.

Allí estaba el sombrero de Dønato, uno de los pocos que no se había dado la vuelta.

—Vengo de parte del director, tiene que salir Dønato Vihëls por un caso urgente —mintió Olivia, y tragó saliva mientras el cadete con ese nombre se giraba con la expresión extrañada.

7

El profesor se cruzó de brazos.

—El director sabe cuánto me molesta que nos interrumpan, más si estamos con las clases de fin de curso —dijo el hombre de melena tupida.

—Lo sabe, pero es importante —insistió ella con convicción.

El hombre levantó los brazos con un libro en la mano e impotente, hizo un ademán para que se fuera el cadete.

—Ya pedirás a tus compañeros lo que he explicado para la clase final —indicó el profesor.

Dønato asintió con un movimiento lento de cabeza.

Metió sus cosas en una maleta de piel y se levantó. Con un gesto lento de sombrero, saludó al profesor y se fue hacia la mujer que lo había reclamado.

Olivia lo dejó pasar por la puerta y con una sonrisa incierta cerró el aula.

Se giró y lo tenía delante.

—Hola, preciosa, ¿nos conocíamos? —dijo con aire ligón, ya que para él toda oportunidad era buena—. Creo que nunca habías tenido

el placer de conocerme, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco.

«Engreído», pensó mientras le hacía un gesto con la mano.

—¿Vamos al despacho del director? ¿O antes te pasas por mi habitación y te enseño ciertos encantos míos?

La cadete no contestó.

—Espera, tú no eres de aquí, si no, te habría reconocido. ¿Eres de los aburridos forenses? —preguntó mientras bajaban las escaleras—. ¡No, tú eres de investigadores, eres poli! —dijo como si fuera un gran hallazgo al que solo una mente privilegiada hubiera podido llegar.

Olivia no dijo palabra hasta estar fuera del edificio. Cuando llegaron al porche y la puerta del edificio se cerró, se giró con energía.

Lo apuntó con el dedo.

—¿Qué le has hecho a mi amigo?

Dønato se detuvo, abrió los ojos, sorprendido, y movió la cabeza hacia un lado, como si esa reacción o frase no fuera con él ni se la esperara.

—¿Qué dices, muñeca? —preguntó sin dejar su tono narcisista y misógino.

—Tú fuiste la última persona que vio a Valentino.

El hombre se quedó en silencio, escuchando a la cadete.

—¿Valentino? —repitió, y después de un segundo pensando, confirmó—. ¡Valentino! Claro que sí. Un chico que vino preguntándome por esa cosa. Claro. ¿Qué le pasa? —dijo mientras los ojos de la cadete se abrían como si ya lo hubiera encontrado.

—Sí, ¿y dónde está ahora?

El hombre cruzó las piernas y apoyó una de ellas ligeramente en el suelo con la punta del pie. Su expresión cambió, de expectante a sentirse importante, tal y como él se consideraba.

—No lo sé, muñeca. Yo no sé dónde están todos los cadetes de este maldito campus, ¿por quién me has tomado, por el punto de información? —dijo, y se miró las uñas.

En el interior de Olivia se estaba sobrecalentando su carácter, como una olla a presión que está a punto de echar humo por los orificios o, simplemente, estallar.

—OK, vamos por partes. Sé que hablaste con él anteayer, a las doce y media, en el lado izquierdo del edificio del laboratorio de química.

El cadete se ajustó el sombrero y la miró con una sonrisa que delataba que quería algo más.

—¿De qué hablasteis?

—Entiendo, muñeca, que el director no me ha llamado, ¿verdad? —adivinó.

Los ojos de la chica se abrieron aún más, tomando un ligero tono rojo. Su corazón comenzó a bombear más rápido y, de repente, agarró al aspirante a detective de la solapa de su gabardina de marca cara.

—Escúchame bien —amenazó mientras la expresión del chico, sorprendido por no verlo venir, cambió a que eso le estaba gustando—. ¿Dónde has metido a mi amigo? ¿Se puede saber?

—Me encantan las mujeres con algún signo de carácter —dijo con un tono de gusto—. Lástima que no sé a qué te refieres.

—Mi amigo Valentino desapareció justo después de verte a ti. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

Dønato se echó a reír. No era una risa normal, sino con un deje de sarcasmo, de complacencia.

—Yo no le he hecho nada a tu amigo —dijo mientras Olivia sentía su mirada fija en sus labios.

Su sonrisa aumentó, como si esa situación y esa mujer le gustaran al detective.

—¿Te he dicho que las rubias con pelo largo y carácter son mi debilidad?

Ella emitió un grito que era más un gruñido histérico y soltó las solapas del *trench beige*.

Dønato iba con unos mocasines y con traje. Nadie iba a la academia vestido con corbata. Él sí.

—Está bien, claro que me vi con ese chico; estaba desesperado por encontrarlos —afirmó mientras se ajustaba el abrigo.

Olivia sacudió la cabeza.

—¿Cómo?

—Sí, tu novio estaba buscando a alguien de los Equites Serpentarii.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no existen.

Olivia suspiró de alivio.

—Pero...

—¿Pero?

—Él insistió.

—¿Y?

—Tuve que explicárselo.

—¿Explicarle qué? —gritó al punto de estallar de nuevo la olla a presión en su interior.

—Pues que encontraría alguna pista en el bar del pueblo.

Olivia se quedó en silencio. Bajó los hombros y dio un paso hacia atrás.

—¿El bar del pueblo?

Dønato encogió los hombros.

—¿A qué sano de mente se le ocurre enviar a un cadete al bar de ese maldito pueblo? —preguntó ella, asustada.

8

El bar del pueblo.

El temido bar de los moteros, de los vicios y de mala muerte.

Cada vez que pasaba delante con el bus, a Olivia se le ponían los pelos de punta.

Un punto de encuentro de todo lo «mejorcito» de los alrededores. Salir del oasis Lombroso no estaba aconsejado. Entrar en ese lugar estaba prohibido. Tachado por los sensatos y evitado por los cuerdos. En el decálogo de las leyes de convivencia de la Lombroso era uno de los puntos importantes. Expresamente, no entrar en esa cueva de maldad.

Olivia suspiró de desesperación con las manos en las mejillas.

¿Cómo podía Dønato haber enviado a ese bar a su amigo?

Y peor, ¿cómo se le ocurrió a Valentino ir a ese maldito bar?

No podía ser posible.

—¿Estás bien, muñeca? —se interesó Dønato con un aire de superioridad.

A ella le costó decir algo. No estaba acostumbrada a llevarse esos sustos ni tener que verse forzada a salir de los muros de la

academia. Pero la vida le había puesto enfrente una encrucijada: ¿seguir su instinto investigativo y el rastro de su amigo o seguir las normas establecidas?

No tenía otra alternativa que la de seguir su instinto.

Lo cogió por un brazo y lo arrastró hasta el primer escalón.

—¿Qué haces?

—Tú te vienes conmigo.

—¿Estás loca, nena?

—¡No me llames nena! —gritó a punto de convertirse su pelo en fuego—. Tú lo has enviado allí y tú te vienes conmigo.

—Ni hablar, te vas sola, muñeca. Suerte con esos energúmenos —dijo con una risita perversa.

—Tú la has liado y tú te vienes conmigo.

—Ni hablar, yo tengo que acabar los exámenes y salirme de este lugar lo antes posible.

Olivia dio un paso firme hacia él, con ganas. Sus ojos demostraban rabia y determinación.

—Tanto gorro, tanto traje y luego eres un mierda. Tienes más miedo que los demás. Escondes detrás de esa fachada de elegancia a un niño malcriado que se muere de miedo —se burló, y cacareó—. Cuando explique en mis grupos lo que has hecho y que no te viniste conmigo, te van a tratar como lo que eres, un gallina.

—No podrás —contestó, levantando el dedo—. Se va a enterar el director y te expulsará.

—Que me expulse, pero a ti también te expulsarán. Así que en esto estamos los dos, de la misma manera y del mismo modo. O los dos estamos en esto vivos o los dos, muertos.

La mirada de Dønato cambió de rabia a desafío. Sonrió con una expresión de narcisista que no podía ocultar ni con accesorios caros o elegantes. Sus ojos eran negros. El iris se fusionaba con la pupila haciendo que su mirada fuera como dos pozos profundos y temibles.

—Si te soy sincero, me ponen mucho las mujeres con carácter y, si son rubias, me encantan. ¿Te tomarías un café conmigo cuando esto se haya acabado?

Ella arrugó el ceño y le vinieron arcadas de vómito incontrolado. Torció la boca como si hubiera pisado un excremento fresco de rinoceronte.

—Ni bajo prescripción médica me tomaría un café contigo.

—Incluso te podría gustar. Tengo encantos escondidos.

A Olivia le dieron ganas de darle un pisotón, por el dolor y por estropearle esos molestos mocasines brillantes.

—No.

Él enseñó los dientes mientras reía.

—Ya veremos si en pocas horas no caes rendida a los encantos de Dønato Vihëls.

—Los cantos de sirena no van conmigo y los estúpidos me provocan sarpullido. Y tú ya me lo estás provocando —dijo mientras se frotaba un brazo—. Ahora déjate de tonterías, vámonos —dijo, y lo arrastró del *trench*.

Dønato dio un paso mientras era arrastrado por la chica.

Olivia abrió el paraguas y le hizo un gesto para que la siguiera debajo.

—¿Quieres que vaya debajo de eso? —espetó, ofendido y poniéndose la mano en el pecho—. Un momento.

—Ni se te ocurra escaparte, gallina —gritó Olivia.

Él se dirigió hacia la puerta del edificio y, antes de abrirla, se giró hacia ella lanzando una mirada de desaprobación.

Pasaron pocos segundos y salió con un paraguas color *beige* del mismo tono que su gabardina, pero con el estampado de una famosa marca.

Lo abrió y fue bajando las escaleras. Debajo de ese costoso artilugio, podían cobijarse varias personas sin mojarse, ni siquiera salpicarse.

—¿Vamos, investigadora? —afirmó Dønato con aire desafiante.

9

Olivia no se explicaba cómo la pasión por las motos era más fuerte que la lluvia.

A pesar del temporal, delante del bar había una fila de esos trastos infernales.

Negras, decoradas con llamas y con manillares tan altos que Olivia se preguntó cómo podían conducir así. Con maletas de cuero y banderas. Algunas tan enormes que parecían coches. Otras, más estilizadas.

Cada una del mismo género y marca, pero con una esencia diferente de cada dueño.

Por delante del bar, en la carretera, pasaban coches y camiones en dirección a Akeron o saliendo de la ciudad.

Escorpión, así se llamaba.

Los letreros de color rojo vivo se veían desde lejos incluso en un día de niebla.

Alguna letra de neón de vez en cuando parpadeaba, dándole un aire aún más terrorífico.

La construcción era baja, de un solo piso y alargada. Las ventanas estaban tapiadas y a todo lo largo de la fachada, un porche cobijaba a unos hombres con largas barbas y vestidos con cuero, cerveza en mano y mirada intimidatoria.

Olivia hizo como si nos los viera. Pero cuando los hombres se dieron cuenta de que estaban cerca, se callaron para ver el espectáculo; un dandi y una rubia acercándose al local.

—Creo que me he tomado demasiadas cervezas hoy, tengo alucinaciones —comentó uno.

—No —dijo otro riéndose—. Yo me he tomado la mitad de cerveza que tú y también los veo. Son de verdad.

—Oye, rubita, ¿has venido a buscarme? ¿Quieres que alquile una habitación y pruebas algo bueno? —se burló otro, y los demás se rieron a carcajadas.

Los dos cadetes siguieron hasta llegar a la puerta.

Cuando la abrieron, uno de los hombres del porche acabó diciendo:

—Pues la niña esa está maciza.

—Al chico también le daría un repasillo.

Olivia tragó saliva mientras abría.

«Cómo se te ocurre».

«Estás a tiempo de volver».

«Estás loca».

«Corre».

«Valentino ya se espabilará».

«La policía acabará buscando tanto a Valentino como a ti».

Frases como estas le retumbaron en su cabeza como un carrusel de advertencias, alimentado por un pepito grillo que se había despertado al ver lo que había allí dentro.

Música ensordecedora.

Hombres jugando al billar y riendo.

Ambiente lleno de humo, aunque unos ventiladores de techo movían el aire e intentaban evitar que se oliera el sudor que esos osos desprendían.

Las mesas, desperdigadas, llenas de clientes jugando a las cartas.

Todo se detuvo cuando cruzaron el umbral.

Olivia tragó saliva. Se habían metido en un buen marrón, más de lo que pensaban.

No sabía si era peor que pasara algo allí o acabar en el despacho del director con una amonestación y consecuente expulsión.

Suspiró mientras los hombres imaginaban todo tipo de guarradas con la joven rubia.

Ignorando lo que ocurría a su alrededor, Olivia fue directa a la única mujer que había en ese maldito lugar.

Era una pelirroja con un abundante pelo rizado, pecas en la cara y carmín rojo vivaz en los labios. La mujer arrugó el ceño y se los quedó observando con una expresión que oscilaba entre lo incrédulo y lo perplejo.

Olivia se acercó a la barra de madera. Los taburetes estaban vacíos.

La camarera masticaba un chicle con la boca abierta mientras secaba una enorme jarra de cerveza.

—Perdone, necesitamos ayuda —dijo Olivia mientras observaba la situación del bar por el espejo que estaba posicionado en la pared posterior a la camarera, lleno de botellas y licores.

Justo delante de la mujer, había un cartel que advertía que ese espacio era para los camareros. Lo demostraba una bandeja enorme llena de vasos vacíos y botellas de cerveza, recogidos de alguna mesa.

—Ya lo creo que necesitáis ayuda —replicó ella mientras repasaba al chico con ridículo sombrero.

—Verás, Fiona... —comenzó Olivia, mirándole la placa que tenía en el pecho.

—¿Fiona? ¡No! Debby —la corrigió ella mientras Olivia le señalaba la placa—. ¡Oh! Cierto —afirmó, y le dio la vuelta, enseñando el otro lado, donde estaba su nombre.

—Debby —dijo Olivia—. Ayer vino un amigo, ¿es posible?

La mujer miró el vaso y, al no encontrarlo aún bien limpio, le echó aliento en un borde y siguió frotando.

—Sí. Vino. ¡Pobre chaval! —se lamentó.

Mientras conversaban, un hombre se iba aproximando de forma intimidatoria, como todo lo que había allí dentro.

—¿Por qué pobre chaval?

—Hombre, porque... —dijo, y se vio interrumpida por el hombre que se había acercado.

—Oye, guapita de cara, ¿te apetece venir conmigo? —preguntó el hombre a Olivia con un hedor que le recordó a los gases de un viejo motor diésel—. Debby, dame la llave de una habitación para

una hora, o mejor, que sean dos —pidió mientras levantaba con un dedo un mechón de pelo rubio.

—No toques a mi amiga —desafió Dønato con la voz más dura y convincente que pudo.

—¿Y tú quién eres? —espetó el hombre—. Pareces uno de esos mafiosos de película con este gorro raro —afirmó mientras hacía amago de tocarle el sombrero, y Dønato le apartó la mano.

En el momento que lo tocó, como si fueran autómatas, saltaron los otros tres hombres sentados en la misma mesa de juego donde estaba ese.

—No me toques o si no...

—O si no... ¿qué? —preguntó, acercando su cara a la de Dønato.

La camarera subió las cejas y se aproximó al hombre que se había levantado. No le dio tiempo de llegar a él, Olivia había cogido una botella de cerveza y la rompió contra el mostrador. Luego, apartó a Dønato de un rápido empujón y apoyó la botella de cerveza rota sobre la entrepierna del intimidador.

—Quieto o no podrás volver a usar lo poco que tienes —gruñó Olivia.

El hombre se quedó con los ojos casi salidos de las órbitas. Todos callaron y los otros tres se detuvieron.

Dønato, cuando entendió lo que estaba pasando, se hizo el signo de la cruz.

Uno de los tres que se habían levantado incitó a seguir.

—¡Quietos! ¿Os habéis vuelto locos? —gritó el que tenía la botella rota apuntándole a los genitales.

—Quiero saber qué pasó con mi amigo.

—¡De qué coño me estás hablando, mocosa de mierda! —gritó el hombre.

—Quiero saber del chico que vino ayer a este maldito antro —gritó Olivia con toda su rabia.

Luego dio un par de detalles sobre Valentino, aunque no hicieron falta porque ningún otro cadete en años había puesto un pie allí.

La camarera se acercó lentamente hasta la oreja de la chica.

—No sabes qué estás haciendo. He visto peleas y gente muerta por mucho menos. Vete de aquí ahora. Es un consejo de mujer a mujer.

Olivia comenzó a darse cuenta de en qué movida se había metido.

Ni representaba la ley ni llevaba placa para salir de allí airosa.

Pero, visto los caretos de allí dentro, hubiera apostado a que la policía no entraba en lugares de ese género.

Estaban atrapados, con la mierda hasta el cuello y sin salida.

Pero siempre hay una salida, pensó la aspirante a inspectora.

Se le encendió una idea aún más arriesgada que la de romper una botella y meterla en los genitales de un motero: cogerle la pistola que llevaba en el cinturón como si estuvieran en el lejano Oeste.

Con un acto rápido, sacó el arma y la apuntó a su cabeza.

—No quiero que nadie se mueva o lo reviento —gritó Olivia, demostrando su carácter.

—Te aseguro que es mejor que aprietes ese gatillo o huyas al otro lado del mundo. Te encontraré.

—Entonces, allí te esperaré —desafió Olivia—. Como alguien salga por esa puerta, lo voy a matar, os lo juro por Dios. ¿Está claro? —gritó mientras daba un codazo a Dønato para que se fuera primero.

Los dos retrocedieron hacia la puerta. El propietario de la pistola se mordía un labio y se apretaba las manos como si estuviera a punto de hacer algo. Y, efectivamente, hizo algo.

Dio un paso hacia adelante y la cadete le disparó en un pie, rozándoselo. La bala se clavó en el suelo de madera deteniendo su avance. De la bota de cuero saltó un pequeño trozo arrastrado por el proyectil.

—La próxima, no fallaré adrede —amenazó Olivia.

Todos se volvieron a callar en un ambiente casi irreal.

Retrocedieron hasta la puerta, Dønato la abrió y, justo antes de salir, ella replicó la amenaza.

Cuando Dønato estuvo fuera, Olivia escondió el arma y guio al compañero hacia la izquierda, en dirección opuesta a la que habían llegado. Cuando salieron del campo visual de los tíos del porche, cambiaron de dirección de forma abrupta y corrieron de nuevo hacia el bar, pero por la parte trasera. Se escondieron entre un camión y la zona de descarga del local.

Cuando se agacharon, mojados por la lluvia, vieron cómo un puñado de hombres corría hacia la primera dirección que los vieron irse.

—¿Estás loca?, ¿qué hacemos aquí? —susurró Dønato.

—Cállate o nos pillarán —lo acalló la chica.

Cuando pasaron unos minutos y los hombres volvieron hacia el bar dando por perdidos a los dos jóvenes, Olivia explicó.

—Cuando la camarera cambió la tarjeta con su nombre, entendí que ella es la chica del turno de mañanas. Estará a punto de irse. Tenemos que esperar a que se vaya y seguirla. A ver qué nos puede decir de lo que pasó con Valentino.

—Yo no pienso quedarme aquí ni un minuto más. Estoy mojado, sucio y tengo cosas que hacer.

—Tú te quedas y punto —afirmó sin dar otra opción.

—Maldita rubia, ojalá no te hubiera encontrado —espetó el chico—. ¿Qué vas a hacer con eso? —quiso saber, indicando la pistola.

—Mira lo que voy a hacer —dijo, y, después de haber puesto el seguro, se acercó a un cubo de basura y la tiró dentro.

Luego regresó a donde estaba Dønato, en el único punto a resguardo de la lluvia.

Pasaron casi dos horas en ese lugar infame hasta que un coche llegó, bajó una morena y se metió en el local. A los pocos minutos, pasó lo que había previsto Olivia: Debby salió.

Se metió en su coche y, antes de que lo arrancara, se colaron los dos cadetes por los asientos traseros.

—¿Qué hacéis aquí? Os van a matar.

—Tenemos una conversación pendiente, Debby —dijo Olivia con resentimiento—. Queremos saber dónde está nuestro amigo.

10

No hacía falta ser muy inteligente para entender que ese bar era una tapadera.

Y, en breve, esa camarera se lo confirmaría a los cadetes.

La lluvia caía sin descanso en el parabrisas del coche. Olía mal y en los asientos traseros había plásticos de viejos sándwiches tirados y botellas vacías.

Debby miraba a su alrededor como diciendo: «Que no os pillen conmigo».

Olivia la había liado, pero tampoco era consciente de cuánto.

Dønato, bajo una máscara de elegancia y miedo, se lo estaba pasando mejor de lo que esperaba. Eso le gustaba, lo divertía. Ser detective podía incluso no ser tan malo como pensaba.

—Debby, nos tienes explicar qué demonios ha pasado con nuestro amigo.

—Me estáis metiendo en un problema más grande de lo que pensáis.

—Me da igual, mi amigo está peor que tú, y tú lo has visto.

—Lo divertido es que no es su amigo, sino su novio. Estamos aquí por amor, no por otra cosa —puntualizó Dønato con una sonrisa pérfida.

La compañera le lanzó una mirada temible con los ojos entrecerrados y apretando las mandíbulas.

—Se lo han llevado en una furgoneta.

Oliva suspiró y se puso una mano en el pecho.

—Esto se está liando —dijo él con retintín.

—¿Cómo que se lo han llevado? —gritó Olivia—. ¿En una furgoneta? ¿Pero dónde? ¿Lo han secuestrado?

—Ey, para el carro, niña. Yo no soy nadie ahí dentro. Coincidió en mi turno y punto. ¿Entiendes, niña? Yo no soy policía. Solo veo cosas.

—¿Y qué has visto?

—Pues eso, que entró como el que no quiere la cosa y los hombres de Nino se lo llevaron sin miramientos, ¿sabes?

—¿Nino? ¿Quién es?

—Un tío que viene de vez en cuando a reclutar gente.

Olivia sacudió la cabeza.

—Espera, demasiadas cosas. Mi amigo, ¿qué pasó?

—Vino como vosotros y..., por cierto, no tiene muchas luces ese chico, ¿sabes? No sé si es tu novio, pero no es muy listo.

—¡Que no es mi novio!

—Yo creo que sí, Debby, los he visto juntitos, ya sabes —dijo con cachondeo Dønato.

—¡Qué pasó! —insistió Olivia para que no se desviara el tema.

—Entró con aire de Colombo y haciendo preguntas a los chicos sobre la organización.

—¿Qué organización? —preguntó Olivia.

—¡La organización, ya sabes! —respondió la mujer.

—Equites Serpentarii —confirmó Dønato.

—Shhhh —dijo la camarera—. No lo digas.

Olivia arrugó el ceño y sintió un profundo desánimo, miedo hacia todo lo que habían encontrado. Ese lugar no era un bar de carretera, era una puerta. Un pasaje a otro mundo, a un mundo criminal. Una ventana a la realidad y a la criminalidad de la ciudad. Se acordó, de repente, de que Akeron no era el campus. La ciudad era un lugar oscuro y lleno de delincuencia. Casi sin ley, casi sin bondad, con más criminalidad y problemas que ni siquiera podía imaginar. Y esa criminalidad tenía un punto de conjunción: ese bar.

—¿Vino preguntando por esa organización y se lo llevaron en una furgoneta? ¿Solo eso? —insistió Olivia.

—Después de preguntar a varios chicos, pilló a uno al que le sentó mal que le preguntara. Así que lo agarró por el cuello y lo sentó en la silla de su mesa; después de un rato, se lo llevó a la parte trasera. Allí mismo —dijo, señalando un lado del lugar de servicio.

—¿Y cómo sabes que se lo llevaron?

—Porque lo vi dentro del furgón antes de que cerraran la puerta y se lo llevaran.

—¿Recuerdas el número de la matrícula? —preguntó él.

—Oye, guapo, ¿me has tomado por la delegación de tráfico? —espetó la camarera—. Ahora fuera de aquí, como me vean con

vosotros, me crujen.

—¿Adónde pueden haberlo llevado?

—¡Yo qué sé!

—Sí lo sabes, pero no nos lo quieres decir, ¿verdad?

—Te prometo por mis muertos que no lo sé.

—Promete poco o se te van a presentar en sueños —dijo Dønato.

—No nos puedes dejar así. ¿Qué le habrán hecho a mi amigo?

La mujer los miraba por el retrovisor y cada vez tamborileaba más los dedos sobre el volante.

—Escuchad, esto a vosotros os viene grande. Tenéis que avisar a la policía en todo caso. Pero acordaos bien de que yo no he visto nada porque, si me preguntan, lo negaré todo. Tengo un niño que alimentar y un alquiler que pagar. ¿Me entiendes, niña?

—Por favor, Debby, ¿no habrás oído algo de dónde lo habrían podido llevar? Ayúdanos.

—¡Fuera! Ya os he ayudado bastante. Así que idos al diablo. Esto me puede costar muy caro y no he hecho nada para merecer que pierda este trabajo también —dijo, y les dio la espalda.

—Por favor —suplicó Olivia de nuevo.

—Fuera o los llamo a ellos.

Olivia suspiró y golpeó el asiento de delante.

—Vámonos, aquí no tenemos nada más que hacer —espetó Olivia, y abrió la puerta.

Salió y esperó a que el chico también estuviera fuera del coche. Abrió el paraguas y se quedaron allí inmóviles, esperando a que el destartado coche se alejara.

—Me pregunto dónde se lo habrán llevado —murmuró ella.

—Me pregunto cuánto tiempo duraremos aquí, antes de que... nos metan a nosotros también en una furgoneta.

La chica se dio la vuelta y lo miró.

—Quizá es eso lo que tenemos que hacer. Quedarnos aquí y esperar a que nos lleven al mismo lugar —sugirió, y le dio un golpe en el tórax—. Buena idea.

—Quieta, muñeca —dijo mientras la agarraba de un brazo—. Ni se te ocurra. Estamos los dos en esto y eso no lo vas a hacer. Vamos a hablar con la policía y punto —afirmó con seguridad—. Tú y yo nos vamos a ir lo más rápido y discretamente posible. Ya basta de tonterías.

El cadete fue tan convincente que ella solo suspiró y lo siguió, sin decir nada. Dieron una vuelta larga, lo más lejos posible del porche del bar para que no los pillaran. Primero, entre camiones aparcados por detrás y luego, bordeando los límites del parquin.

El detective estaba tan concienciado de que podía pasarle algo terrible si lo veían que ni siquiera se quejó por caminar entre hierba mojada y meter los mocasines en charcos.

Cuando llegaron de nuevo al campus y atravesaron el acceso de entrada, suspiraron.

—Olivia, tienes que llamar a la policía y contar lo que has averiguado —dijo mientras ella estaba debajo del paraguas del chico, casi hombro con hombro—. ¿Conoces a alguien?

—Sí, el inspector Caruso, sabe de la desaparición.

—Pues ya tardas. Llámalo.

Olivia suspiró y sacó el móvil.

11

Mientras esperaba a que el inspector descolgara el teléfono, Olivia se preguntaba algo. «¿Por qué niña a mí y guapo a él?».

Así llamó a los dos cadetes la camarera, a ella, casi despectivamente y a él, el hermoso.

Injusticia sintió.

Pero el hombre siempre vende, más si va bien vestido.

Se giró unas décimas de segundo. Dønato sujetaba el paraguas. Seguía con su sombrero ridículo sí, pero en ningún momento se le había caído.

¿Podía llevarlo encolado o con unas pinzas?

El inspector contestó.

—Wolf, ¿qué pasa?

—Tengo novedades, inspector.

—Maldita sea, Wolf, ¿no me hace caso o qué?, no tiene que hacer nada. Está de exámenes finales, debería estar estudiando —ladró como si se lo dijera un padre o un abuelo—. Cuelgue y haga lo que tiene que hacer de verdad.

—No, espere, inspector. Tengo algo que contarle, algo importante.

El policía bufó.

—A ver, qué pasa, Wolf.

—Se lo han llevado unos en una furgoneta.

—¿Cómo?

—Sí, desde el bar Escorpión. Unos tipos relacionados con los Equites Serpentarii.

—¿Ha perdido el juicio, Wolf? ¿Ha salido del campus para investigar?

—Déjelo, inspector, lo sé y ya está.

—Wolf, ahora estoy con otro caso. Mañana por la mañana intentaré pasarme.

—No, mañana debe venir, porque serán más de cuarenta y ocho horas desde que desapareció y tendremos que montar un dispositivo de búsqueda.

Caruso resopló.

—Nos vemos mañana, Wolf —suspiró con tono cansado.

—De acuerdo, inspector —respondió, y cuando fue a cerrar el móvil, el inspector dijo algo más y lo acercó de nuevo a la oreja.

—Wolf, procure estudiar. Hágalo por su padre —concluyó, y colgó.

Apretó los labios. De repente, esa frase le hizo mella en el corazón. Guardó el móvil como si nada. Dønato la miraba sin decir nada. La conversación la había escuchado entera.

Al cabo de unos minutos caminando, llegaron a un cruce dentro del campus. Olivia tenía que seguir hacia la derecha, hacia el edificio

de sus habitaciones.

—En fin, gracias.

A él solo le salió un gruñido.

Ella abrió su paraguas y dio unos pasos hacia su dirección.

—Olivia —la llamó él, y esperó a que se girara—. Encantado de conocerte, me lo he pasado bien hoy.

—Que te amenacen unos matones, ¿es pasarlo bien para ti?

Dønato encogió los hombros.

—Si no, ¿para qué estamos aquí? —dijo, haciendo un gesto con la barbilla abarcando el campus.

Ella sonrió.

—Supongo que sí.

—¿Me dirás algo mañana cuando hayas hablado con el inspector?

—¿Cómo?

Entonces él se acercó y le dictó su número de teléfono.

—Hablamos mañana.

Ella asintió y se dio la vuelta.

—Adiós, niña del pelo rubio —susurró él.

Olivia caminó hasta su habitación. Se encontraba mojada como un gato callejero y con el frío calado en los huesos.

Se metió en la ducha y se quedó hasta que las yemas de los dedos se asemejaron al caparazón de una garrapata y su cuerpo no pudo soportar más agua caliente.

Cuando se secó, se echó en la cama. Envío un mensaje a Valentino, que nadie contestó.

Pensó en Dønato, al final no era tan malo como se decía por ahí. Encima, tenía el número de teléfono para seguir en contacto.

Se dio cuenta de que en los años que llevaba allí y las decenas de invitaciones para salir, no había hecho amistad, ni mucho menos salir, con nadie de su división: los inspectores.

Con la excepción de Jessica, solo había hecho amistad con dos detectives: Valentino y Dønato.

Se lo pensó mejor. Llamar amistad a lo vivido con ese dandi... No lo definiría así, pero si amistad era intercambiar el número de teléfono, esas eran las únicas tres personas con las que lo había hecho.

Le mandó un mensaje antes de dormirse y cayó rendida.

Al día siguiente, la lluvia había decidido dar una tregua.

Desde la ventana de su habitación, se veía el parque del campus sumergido en una espesa niebla. No se vislumbraban los edificios de alrededor donde dormían los otros cadetes. Las aceras parecían acabar en una nube, en medio de la nada. Desde su ventana, esa mañana, el mundo se había reducido a una isla de pocas decenas de metros rodeada de blanco.

Esperó a Jessica en el pasillo para ir a desayunar juntas.

Le explicó lo que le había pasado. Aunque la chica la interrumpía continuamente para repetirle que había sido una insensata.

El estómago de Olivia emitía unos tremendos sonidos con una cierta cadencia, cada vez más cerca uno del otro.

Cogieron una bandeja y la llenó con huevos, pan con mermelada y fruta.

—¿Nada más? —ironizó Jessica, indicando la montaña de alimentos.

—Ayer solo comí el bocadillo de queso.

—Ya, ya lo veo —dijo, y miró a su alrededor—. Y si te ven los chicos comer como una posesa...

—Me da igual, tengo un hambre que estoy a punto de desmayarme.

Se fueron a la punta de una mesa libre y se pusieron a comer.

Cuando llevaban pocos minutos desayunando y comentando las posibles líneas de investigación de la policía sobre Valentino, sucedió lo que no se esperaban: el amigo apareció en la cola del desayuno para coger una bandeja.

12

Olivia se quedó con el tenedor delante de la boca. En suspensión.

Parpadeó varias veces.

Buscarlo durante esos días le estaba jugando una mala pasada. Lo estaba viendo allí, como si nada hubiera pasado.

Bajó el tenedor y lo señaló con la cabeza a Jessica.

—¿No parece...?

—Sí, Olivia es él. ¿Qué hace allí? —espetó, sorprendida.

Olivia se levantó de la silla y dejó el tenedor cargado de huevo. Se fue hacia la cola mirándolo. A cada paso que daba hacia él, su sonrisa se agrandaba. Cuanto más se acercaba, más contenta estaba.

Llegó y esperó unos segundos antes de abrazarlo.

Valentino fue girando la cara hasta que la chica entró en su campo visual.

De pronto, la sonrisa de Olivia se deshinchó.

El rostro del muchacho era diferente. Su piel mostraba una tonalidad gris. Sus ojos, adormilados y con ojeras, parecían delatar una noche loca acabada en una *rave* matutina.

—Vale, ¿cómo estás? —logró preguntar.

Valentino la miró perplejo. Se lo pensó unos instantes antes de contestar. Mientras tanto, Jessica también llegó.

—Valentino, por fin, ¿dónde te has metido estos días?

El chico la miró de soslayo y avanzó un paso, ignorando a las dos compañeras.

Las dos se quedaron boquiabiertas, eso era lo más parecido a una pesadilla.

—¡Valentino! —espetó Olivia mientras lo cogía de un brazo—. Pero ¿qué te pasa?

—Dejadme en paz.

—Pero, tío, no sabes lo que ha hecho Olivia para buscarte, ¿y le pagas así?

—Vete al cuerno, pánfila.

Al escuchar eso, la amiga, ofendida, dio una rápida ojeada a Olivia y regresó a su desayuno.

—¿Valentino? —repitió Olivia con un tono amoroso—. ¿Pero qué te pasa?

Este no dijo nada más. Dio un paso y apoyó la bandeja en el carril del *self service* del desayuno.

Cuando colocó la bandeja, la manga se subió unos centímetros y Olivia vio un tatuaje en su muñeca. La sorprendió tanto que dio un paso hacia atrás.

¿Qué demonios hacía Valentino con un tatuaje? Él los odiaba y tenía un tremendo espanto a las agujas.

Arrugó la frente y bajó la mirada, abatida. Retrocedió a la mesa en silencio.

—Pero ¿qué mosca le ha picado?, me ha llamado pánfila. ¿Lo has oído?

—El Valentino que conozco nunca te llamaría así, y menos se haría un tatuaje.

—¿Un tatuaje? ¿Dónde? —preguntó Jessica, asombrada.

—Justo encima de la mano, en la muñeca.

La otra chica pensó un momento mientras Olivia hablaba y seguía mirando alucinada a su amigo.

—¿Qué tatuaje?

—Se ha tatuado una torre. Una torre de ajedrez.

Jessica inspiró y se tapó la mano con la boca.

—Una torre como... como...

Olivia metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó la figurita que habían encontrado en su habitación.

Era la misma. Una torre de ajedrez tallada en madera de forma artesanal. Luego, sacó el papelito que encontraron debajo. En él ponía: «Wolf, esto solo ha comenzado».

Y era verdad, aquello acababa de comenzar.

13

En el despacho del director dominaba el silencio.

Desde que habían entrado, se había creado un ambiente tosco y de inquietud.

A Olivia no le gustaba ese despacho. No soportaba pasar allí cinco minutos. No se imaginaba trabajar ahí todo el día.

Muebles antiguos y oscuros de madera maciza. Parqué, una ventana con arco y dirigida al norte.

Libros del siglo pasado y muchos papeles. No había ni ordenadores ni nada informático.

—Esto ha sido intolerable, Wolf. Sin hablar de usted, Vihëls —dijo el director con la espalda tan recta que hacía un ángulo rectángulo con sus piernas sentado en su vieja y robusta mesa de trabajo—. Es increíble.

—Bueno, director, le propongo no abrir ningún expediente disciplinar. Al fin y al cabo, solo han querido hacer el bien para el cadete Valentino de la Selva —defendió el inspector Caruso.

El director miró al policía con los codos apoyados en los reposabrazos y las manos cruzadas.

La tensión era palpable, como las pulsaciones del corazón de Olivia, que estaban descontroladas. De ese momento y de la decisión que estaba meditando el director pendía su carrera de inspector de policía. Sabía muy bien que estaba desnuda ante las adversidades y que su madre había gastado todos sus ahorros para que pudiera acudir a esa academia y seguir los pasos familiares.

—Me descoloca que sea usted, Dønato Vihëls. Usted viene de la dinastía de detectives más prestigiosa de Akeron City y, a pesar de tener una responsabilidad sobre los hombros que mantener y proteger, se mete en salidas no autorizadas del campus. Sin considerar la época de exámenes finales. ¿Es que no quiere aprobar?

El cadete, que ese día llevaba un traje color gris oscuro y el sombrero Borsalino en su regazo por respeto, no respondió. Miraba sus mocasines, no los del día anterior, que se estaban secando en su dormitorio, sino otros.

—Y de usted, Wolf. Si no fuera porque su padre era una persona querida en esta institución, y conozco su situación familiar, ya ni estaría aquí, sino recogiendo sus cosas —ladró el director.

Olivia emitió un suspiro casi imperceptible al escuchar esas palabras. El peso en el pecho se redujo drásticamente.

—El cadete Valentino de la Selva se quedará en observación y se procederá a su expulsión inmediata.

Al escuchar esas palabras, Olivia levantó la mirada enseguida.

Valentino expulsado. Su amigo, o lo que quedaba de él, se iba. Eso le caló hondo como un puñal.

—Necesito hablar con él antes, director. Quiero saber qué ha pasado en estos dos días.

—Eso es cosa de la policía. Aquí no quiero verlo más.

—Pero está aún en *shock*, no sabemos qué le han hecho.

El director arrugó sus cejas largas y tupidas.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

Olivia tragó saliva mientras sentía los ojos inquisidores sobre ella.

—Los Equites Serpentarii —confesó, y se creó un silencio.

—Como me imaginaba. Tenemos que seguir investigando, director. Este caso nos lleva de cabeza en la comisaría. Necesito más hombres, pero ya conoce los presupuestos de esta ciudad.

—Lo sé perfectamente, Caruso, no hace falta que me lo explique. Lo he vivido en mis carnes —confirmó el anciano—. ¿Qué sugiere?

—Que estos dos chicos me ayuden en alguna tarea de investigación bajo la protección y supervisión de mi departamento de policía. ¿Qué le parece?

—Peligroso, no han acabado el curso.

—Sería después de los exámenes. Cosas puntuales. Me ayudaría mucho. Tenemos que averiguar qué pasó con Valentino y qué hay aquí dentro de esa red criminal.

—No puedo negarle que es una buena idea —dijo, y se giró hacia los dos cadetes—. ¿Qué les parece?

Los dos se miraron y asintieron al unísono.

Olivia, porque en sus venas fluía más investigación policial que la misma sangre.

Para Dønato, en cambio, su motivación no era la justicia, sino más bien estar más tiempo con la rubia.

—Lo consideraríamos como prácticas o algún crédito extra, no lo sé, tengo que pensarlo. Creo que podría ser una buena ayuda a la sociedad, a la academia y, por supuesto, a sus carreras.

—Sí, por supuesto —exclamó Olivia.

—¿Dønato Vihëls?

Este suspiró.

—Sí, claro, lo que haga falta —respondió, no tan convencido.

—Bien, pues tenemos que arrancar enseguida, chicos.

—¿Y cómo arrancamos? —preguntó, eufórica, Olivia, girándose hacia el inspector Caruso.

—Comenzaremos por interrogar a Valentino de la Selva. Luego veremos.

Olivia sonrió, mirando al inspector mientras continuaba escuchándolo. Era oficial, se había merecido un puesto externo en la policía, de forma temporal, pero cada día estaba más cerca de la carrera policial, la misma que su padre.

Olivia se dio cuenta de que todo eso: el inspector, el director de la academia Lombroso y el cadete Dønato, no estaban allí para concluir una situación, sino que esa reunión certificaba la apertura de una nueva investigación que acababa de empezar. Y, además, Olivia, por primera vez y de forma oficial, formaba parte de ella.

¿Te ha gustado?

[Descubre “Enroque de la Reina: Un Misterio en la Academia”, la siguiente entrega del Inspector Olivia Wolf](#)

[ENLACE AL LIBRO](#)

Olivia nunca imaginó que la pieza más peligrosa del tablero sería una reina.

Cuando un alto mando de la Academia Lombroso desaparece y se encuentra una pieza de ajedrez con una inscripción que apunta directamente a Olivia, la joven investigadora se ve envuelta en un juego más personal y letal que nunca.

La verdad sobre los Equites Serpentarii comienza a salir a la luz, pero no sin un alto precio.

En un tablero donde la corrupción y el engaño dominan, Olivia deberá decidir si está dispuesta a convertirse en la reina que necesita para ganar el juego o sacrificarse por algo más grande.

Enroque de la Reina: Un Misterio en la Academia Lombroso es un thriller de misterio que explora la codicia escondida en la cuna de la policía de Akeron City.

Olivia pronto aprenderá que cada movimiento cuenta, y que incluso un paso en falso puede ser fatal en el juego más peligroso de todos.

[IR AL LIBRO](#)

¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Aquí tienes los dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*** el primer thriller

policíaco de Fosco Merrell, ambientado en la ciudad Akeron City.

LA VIDA Y LA MUERTE SE UNEN EN SUS MANOS

EL FORENSE



RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la novena investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron City.

Algunos años antes.

La primera bala cruzó los doscientos metros de distancia, haciendo estallar el cráneo de su objetivo. Cayó al suelo, junto a su paraguas de color lila y su alegría. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Desde que el gatillo accionó el primer disparo hasta dejarla sin aliento. Cayó rígida, en medio de un charco de lluvia que no tardó en mezclarse con su propia sangre.

Pocos instantes antes, el asesino lo había preparado todo.

La habitación del lujoso hotel estaba lista. Había colocado una mesa delante de la ventana. Una caja llena de alargadas balas estaba lista. Era una noche fría en Akeron City, y muy lluviosa.

El asesino se secó el sudor con su propia toalla. Llevaba unos guantes negros de látex y un gorro de ducha que le recogía el pelo

corto.

Miró el reloj; faltaba poco para las ocho de la tarde.

Estaba sentado en posición de loto, encima de una toalla apoyada en el suelo, extendida sin una sola arruga.

De los auriculares salía una música de meditación, con viento suave entre bambús para evitar que disparase su frecuencia cardíaca.

Su único pensamiento era lo que tenía que hacer desde esa habitación del hotel.

Nada más ocupaba su mente, entrenada a eliminar el ruido y focalizarse en su objetivo.

Su reloj sonó y abrió los ojos: era la hora.

Dio una profunda respiración.

Se levantó de la toalla y la enrolló, metiéndola después en su mochila.

Se acercó a la ventana y con una punta de diamante hizo un agujero en el cristal, a la altura de la cintura. El rascacielos tenía acristalamiento que iba desde el techo hasta el suelo.

Sujetó la primera circunferencia de cristal con la ventosa y la dejó en la cama.

Luego repitió la operación con el segundo cristal de la ventana. Al quitarlo, entró el aire del exterior.

Un viento de tormenta penetró en la habitación.

La lluvia salpicaba la moqueta y la punta del arma preparada.

Apoyó el ojo en el visor y vio al otro lado a su objetivo.

El reloj emitió un segundo sonido. Faltaba un minuto.

La cruz del visor telescópico estaba desenfocada. Fue ajustándola hasta que tuvo un blanco nítido.

Al otro lado de la plaza, azotada por la lluvia, estaba el polideportivo de la ciudad. La luz de las farolas iluminaba la cola de acceso al concierto. Tocaba un grupo local, que hacía furor entre los jóvenes.

Los paraguas cubrían las caras de la gente. Desde la altura del rifle, solo se veía una estela de paraguas que serpenteaba por la enorme plaza.

Respiró profundamente.

En pocos segundos habría comenzado su trabajo.

Volvió a mirar por el visor. Fue buscando su primer objetivo: un paraguas sujetado por un extraño. Seguramente un joven que solo estaba luchando contra las inclemencias del tiempo para ver a sus ídolos musicales.

Rojo, verde, a topos o a rayas. El azar iba enfocando uno u otro sin sentido, sin ningún orden de coherencia de decisión.

Quitó el seguro.

Entonces la tercera alarma sonó y apretó el gatillo sobre el paraguas lila.

En el tiempo que tardó en caer el primer objetivo, el asesino quitó el casquillo e introdujo la siguiente bala.

«Uno», pensó.

Buscó al azar otro paraguas, este de color verde, y apretó el gatillo de nuevo. El objetivo cayó.

Sacó el casquillo y metió otra bala en la recámara.

«Dos», pensó.

Luego buscó otro paraguas, uno negro. Sin embargo, para entonces ya se había desmontado la fila casi militar del público y el caos se había desatado. Los paraguas, como átomos enloquecidos, se dispersaron en todas direcciones.

Otro paraguas azul, otro rojo y otro.

«Seis», pensó.

Miró la hora y se secó la frente.

Siguió con los paraguas atrapados en el centro de la cola, los primeros en llegar al concierto y los últimos en poder escapar.

Un paraguas a rayas, luego uno blanco y otro estampado.

«Nueve», pensó.

Apuntó a un paraguas transparente, y bajo este, un hombre que corría fue atravesado por un proyectil. La clara lona se manchó de rojo, salpicada de sangre. Luego el hombre cayó, obstaculizando la huida de los que iban detrás.

«Diez», pensó.

Retrocedió al primer paraguas lila, donde una señora estaba agachada junto a la muchacha tendida en el suelo, bajo la lluvia. El asesino le colocó la cruz en la cabeza y apretó el gatillo.

«Once», pensó.

Seguía buscando su próximo objetivo en medio del caos, cuando sonó la cuarta alarma.

Abrió el ojo cerrado y se separó del visor: era la hora. Habían pasado solo un par de minutos desde el primer disparo, pero tenía que abandonar ese lugar.

El asesino había calculado el tiempo de reacción de la policía de Akeron. Tenía que marcharse y dejarlo todo tal y como estaba.

Bajó de la mesa. La apartó hasta la marca que había hecho antes, alejándola de la ventana.

Agarró el fusil y lo desmontó pieza a pieza. Colocó las tres partes en una bolsa de lona. Se secó el sudor por última vez y metió la toalla en la maleta. Enrolló el paño sobre el que se había tumbado y lo guardó.

Plegó la mesa, la introdujo en un armario y buscó los casquillos.

Uno, dos, tres.

Los fue contando y metiendo en un bolsillo del bolso.

Entonces sonó la alarma, la quinta.

Nueve y diez, los guardó.

Miró a su alrededor, faltaba uno.

Levantó las sábanas de la cama, debajo no estaba.

Siguió buscando.

Otra alarma; tendría que haber salido por la puerta hacía unos segundos.

Sus pulsaciones se dispararon. Miró a su alrededor otra vez, pero no lo encontró.

Decidió irse.

Arrojó lejía con un espray por toda la estancia. Agarró la maleta, sacó un sombrero de pescador y un chubasquero barato y salió por la puerta, colándose por la salida que había preparado.

La gente corría por los pasillos de un lado al otro. Él cogió el ascensor y bajó a la planta principal.

Las primeras ambulancias llegaban a la plaza. El caos se había expandido por la ciudad. El tráfico se había detenido en los

alrededores y las patrullas de policía justo llegaban, con las sirenas encendidas.

Le dio tiempo justo de dar la vuelta al edificio, y después los agentes entraron en masa en el hotel.

Siguió bajo el agua hasta llegar al primer aparcamiento de motocicletas.

Levantó el sillín y cogió el casco del portaequipajes. Una vez colocado se sentó y encendió el ciclomotor.

Enganchó las asas de la bolsa en la anilla, al lado de los pies y se fue entre el caos, en dirección contraria a la plaza de la masacre.

Recorrió un par de avenidas llenas de coches y semáforos. La lluvia azotaba Akeron City una noche más.

Llegó hasta el puente Reynolds y aparcó el ciclomotor. Dejó el casco y se volvió a colocar un sombrero verde de pescador. Agarró el bolso de lona y se fue hacia el otro lado del río. Comprobó que no viniera ningún barco y cuando estuvo justo a la mitad del puente, arrojó la maleta al río Caronte. Esta tardó décimas de segundo en desaparecer entre las negras y profundas aguas.

Siguió hasta el otro lado y caminó hasta la entrada de metro más cercana. Entró y desapareció entre la muchedumbre que habitualmente cogía ese medio de transporte para moverse por la ciudad.

El asesino desapareció sin dejar rastro, dejando a su paso una masacre de jóvenes vidas y de preguntas que, aparentemente, carecían de respuestas.

SEGUNDO CAPÍTULO

Hoy en día.

Rompió el estuche azul de los instrumentos quirúrgicos.

Sacó el bisturí y todos los otros utensilios que necesitaba. Los colocó sobre la mesa de manera pausada y ordenada: siempre igual, siempre en el mismo orden. De forma maniática, como si fueran cubiertos de una mesa en un restaurante con tres estrellas Michelin.

Pero esa mesa no era para comer, sino para analizar cadáveres: para abrirlos y determinar por qué habían muerto.

Ese día tenía delante el cuerpo inerte de un joven desafortunado. Alguien que había muerto antes de hora. Eso, en Akeron City, no era una excepción. Morir entre bandas o por sobredosis era un caso normal para la policía. La violencia en las últimas décadas se había incrementado hasta niveles difíciles de controlar. Las últimas elecciones dieron paso a candidatos a la alcaldía que hacían cada vez menos.

Esa tarde la morgue estaba silenciosa. Todos los otros forenses lo habían dejado solo ante una urgencia.

Fosco Merrell era el forense jefe de la policía judicial del distrito. En sus hombros recaía la responsabilidad de esa autopsia y del grupo de investigación médica.

Encendió el viejo tocadiscos. Levantó el cabezal y apoyó la aguja en las primeras estrías del disco negro. Comenzaron a salir las primeras notas musicales.

Fosco cerró los ojos. Esos instantes eran los mejores, cuando las notas inundaban el ambiente de riguroso luto. Era La Tosca, de Puccini, interpretada por un joven Pavarotti.

Esperó unos minutos y abrió los ojos; ya podía comenzar.

Las flautas y los violines sonaban de fondo en la estancia.

Se colocó los guantes y rotó el cuello. A pesar de la fría temperatura de la morgue, Fosco sudaba. Llevaba el equipo de trabajo, un mono blanco de plástico que lo cubría completamente.

Miró al chico en la mesa de análisis con compasión; perder la vida tan joven era una tragedia.

Para Fosco, la muerte de alguien a esa edad era como un naufragio. En cambio, cuando un anciano moría, lo veía como una llegada a puerto.

Fosco a sus cincuenta, todavía conservaba su buena presencia y su mirada profunda, aunque las arrugas demostraban el paso de muchas desdichas por su vida y las incontables autopsias que llevaba sobre sus hombros. Las ojeras delataban las pocas horas que

dormía para dedicarse a su trabajo. Su vida personal, desde hacía unos años, había pasado a un segundo plano.

Sus compañeros le decían que era adicto al trabajo, pero él se definía a sí mismo como un apasionado de su profesión

Las primeras arias de Luciano se difundieron por la morgue.

Fosco se colocó delante del chico y, como era su costumbre, se dispuso a pedir permiso al muerto antes de estudiar su caso.

No era religioso, a pesar de que sus progenitores lo hubiesen sido, pero sabía que había algo más allá de la vida. Algo que no podía describir con palabras. Él, un hombre empírico y científico, no se dejaba embaucar por las creencias, pero gracias a su experiencia había llegado a la conclusión de que había algo más que la ciencia no podía explicar.

Apoyó la mano en su frente.

Le pidió permiso, con los ojos cerrados.

No era magia; era tan solo un hombre respetuoso y metódico que pedía permiso antes de profanar un cuerpo.

Dijo el nombre del chico y usó las palabras acostumbradas.

Luego abrió los ojos y se quedó mirándolo atentamente.

«¿Quién eres?», le preguntó en sus adentros, a pesar de creer saber la respuesta.

«¿Dónde has muerto? ¿Quién te ha hecho esto?», añadió, aunque era consciente de que nadie, aparte de su estudio, le daría esas respuestas.

«¿Cómo has muerto?», pensó por último y comenzó la inspección.

Apretó el botón de la vieja grabadora que llevaba en el bolsillo, con el micrófono en la solapa, y comenzó.

—Fosco Merrell, autopsia número 342953-FR, individuo de raza blanca, se sospecha la identidad y la autoría de los hechos —dijo la hora y el día y que procedía a operar—. El individuo ha sido encontrado en un coche abandonado en medio de un incidente múltiple en el puente Reynolds. No sabemos quién conducía la furgoneta —dijo y se detuvo mirando las muñecas y los brazos—. Debe rondar los veinticuatro años. Tenemos que averiguar la causa de la muerte.

El cadáver se encontraba en unas condiciones pésimas, menos el rostro, que parecía estar en mejores condiciones. El resto del cuerpo se encontraba lleno de livideces.

Abrió el torso con el bisturí y luego con la sierra. Inspeccionó todos los órganos internos, valorando sus condiciones, y luego lo cerró.

Hizo lo mismo con la cabeza; el procedimiento normal para el forense. Acostumbrado en sus inicios a una sierra manual, hacerlo con una eléctrica era mucho más sencillo.

Analizó las posibles lesiones cerebrales y cerró el cráneo.

Las notas de la ópera seguían al fondo, aunque el médico había dejado de escucharlas debido a la concentración. Llevaba un buen rato encerrado en esa estancia; cogió un chicle de nicotina y comenzó a masticarlo. Era el único remedio que había encontrado a tantas horas sin fumar.

Buscó restos de ADN en el cuerpo, pelos que no fueran suyos y cualquier otro indicio que pudiese llevarlo a descubrir más.

Seguidamente le extrajo sangre para un rápido análisis y comenzó a redactar el informe.

Cuando llevaba pocas líneas escritas en su monitor, la secretaria de la morgue lo llamó por el telefonillo interno.

—¿Fosco? —preguntó la mujer al otro lado.

—Dime —respondió seco.

Al otro lado del auricular, la mujer se quedó en silencio. A menudo escuchaba la música y, en base a la ópera que había de fondo, adivinaba el estado de ánimo del forense.

—Lamento interrumpirte —dijo rápidamente—. Pero...

—¿Ya han llegado? —preguntó Fosco.

—Sí.

El forense suspiró.

—Dame cinco minutos y hazlos pasar —replicó y colgó.

Guardó el fichero, apagó la pantalla y se levantó. Fosco colocó al cadáver un gorro parecido a uno de ducha, que disimulara la abertura en la frente. Luego, cogió una sábana limpia y la extendió sobre el cadáver.

Desde la puerta se oyó la señal. Se abrió y apareció la mujer que antes lo había llamado. Seguidamente pasaron dos personas: primero una mujer y luego un hombre.

—Buenas noches, acérquense —dijo el médico—. Lamento la situación, pero les pido fuerza —dijo mientras les estrechaba la mano.

Los presuntos padres del que estaba bajo esa sábana acababan de aparecer. El cuerpo había aparecido sin documentación, pero la

policía había deducido que ese individuo podía ser John Méndez. Un exconvicto, metido siempre en numerosos trapicheos y robos. A pesar de su joven edad, su historial era más largo que el río Caronte que cruzaba la ciudad.

Los padres le estrecharon la mano.

—No será una imagen fácil, pero necesitamos que lo reconozcan —dijo Fosco y se acercó a la mesa con el cadáver cubierto.

Solo asomaban los pies y, del pulgar izquierdo, sobresalía un cordel con un cartón colgando. En él había un código alfanumérico y una fecha.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó el hombre a la esposa

.

Fosco se percató de que los dos llevaban alianza. La señora tenía el rostro hinchado y los ojos rojos de tanto llorar. Parecían personas de un cierto poder adquisitivo, que no daban la impresión de tener dificultades económicas. Una familia acomodada y sin problemas; excepto uno: un hijo que no habían conseguido educar.

Ella asintió mirando al hombre y luego se giró hacia el médico, que estaba al otro lado de la mesa de autopsias.

Fosco apretó las mandíbulas mientras masticaba el chicle de nicotina.

Levantó una solapa de la sábana y la dobló a la altura del cuello, dejando descubierta solo la cabeza.

La mujer gritó en un llanto desenfrenado y se giró hacia el marido, que la abrazó.

Luego, el forense descubrió los brazos llenos de tatuajes, dejando el torso cubierto.

—¿Lo reconocen? —preguntó el forense.

Los padres asintieron.

—Sí, es John, nuestro hijo —confirmó el padre.

La madre se quedó abrazada al marido un buen rato, mirando a su hijo tumbado, con los ojos cerrados.

—¿Algo más? —preguntó el padre. Miró al forense, que negó con la cabeza—. Mejor nos vamos —dijo y tiró de su mujer hacia la puerta.

Ella dio un paso, pero luego se deshizo de los brazos de su marido y regresó frente a su hijo. Apoyó la mano en su frente y levantó la mirada.

—Doctor, dígame, ¿ha sufrido? —dijo la madre llorando, casi hiperventilando.

Fosco le cogió la mano.

—Señora, quédese tranquila, su hijo no ha sufrido. No se ha enterado de nada —dijo y esbozó una sonrisa tímida.

En ese momento, la mujer suspiró y al acto su expresión se suavizó. Asintió más tranquila y se fue con su marido.

En cuanto salieron, el médico cubrió el cuerpo. Suspiró recordando a la mujer. Se sintió mal; no solía mentir en su trabajo, pero creyó que, si hubiese sido él, habría sabido sobrellevar mejor el luto sabiendo que su hijo no había sufrido. El dolor hubiera sido más llevadero.

No se sintió orgulloso, pero se pasó las manos por el pelo y regresó al escritorio. Encendió la pantalla y siguió con el informe forense.

Al terminarlo lo agregó a un correo electrónico, añadió el email de la inspectora y escribió el texto.

«Olivia, te paso el informe que necesitabas urgentemente. Los padres acaban de irse, han reconocido el cuerpo. Se trata de John Méndez, como te esperabas. Seguramente, cuando leas este correo el informe dactilar también lo confirmará. Las analíticas del ADN más completas me llegarán en unos días. Te adelanto lo que leerás en el informe: el chaval presenta hematomas por haber sido golpeado y brutalmente apaleado. Pero la muerte ha sido provocada por una hemorragia interna que le causó el accidente. Parece que el chico estuvo consciente mientras lo torturaban, y el accidente le ha ahorrado más sufrimiento. Los índices de cortisol en sangre lo demuestran. No te puedo ayudar más, espero que te sirva. Nos vemos pronto. Fosco.»

El médico forense comprobó que el mensaje había sido enviado y apagó el ordenador. Era tarde; tenía que irse a casa, ducharse y arreglarse para la gala de esa noche. Cogió las llaves de su coche y las latas de sus puros con sabor a café, cuando alguien entró por la puerta.

—Maldita sea, hoy solo me faltaba esto —dijo uno de la policía judicial.

El hombre llevaba un chubasquero goteando y el compañero, que lo ayudaba a empujar una camilla, estaba en las mismas condiciones.

—Mi mujer me va a matar, si es que no me pone los cuernos con algún vecino —dijo el hombre a su ayudante mientras se rascaba el culo—. Joder, estoy empapado, que ganas de irme a la ducha. ¿Dónde te dejo este fiambre, jefe? —gritó el policía.

Fosco arrugó el ceño: no le gustaba que entraran con esos modales a su lugar de trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—No lo sabemos, jefe. Lo han encontrado bajo un puente del distrito oeste. Ahora ya es cuestión tuya —dijo el hombre mirando a su alrededor para ver dónde podía dejarlo—. El comisario dice que es urgente, ya te llamará.

El policía dio un paso.

—¿Ferdinand? —dijo Fosco llamando su atención—. ¡Quieto!

El policía se detuvo y la camilla con él. La víctima estaba envuelta en una bolsa negra con cremallera.

—Mesa cuatro —dijo Fosco tomando el control de la situación.

Ferdinand bufó.

—Sí jefe, claro —contestó y miró a su ayudante—. Venga, que es para hoy.

Se acercaron y dejaron el cadáver encima.

—Todo tuyo. Nos vamos —dijo el policía y en cuanto iba a salir al pasillo estornudó y a la vez se le escapó un sonoro pedo.

—No te rías —dijo Ferdinand a su ayudante—. Esto es la edad... —dijo y siguió hacia la salida.

—No me extrañaría que tu mujer tuviera un amante... —susurró el forense.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado retraso.

—Urgente... —dijo el forense—. Para el comisario todo lo es —dijo y justo cuando fue a abrir la cremallera se abrieron de nuevo las puertas de la morgue.

—Nos olvidábamos esto —dijo el ayudante de Ferdinand.

—¿Qué es? —preguntó el forense.

—Parece un sombrero. Estaba al lado del cuerpo. Creemos que era suyo, está manchado de sangre.

Fosco se acercó y cogió la bolsa transparente. En su interior había un sombrero de pescador manchado de rojo, aplastado y de color verde oscuro. Parecía impermeable, con las letras "L.A." bordadas: las iniciales del equipo de fútbol de Akeron.

Algo le llamó la atención de ese sombrero, pero no supo qué. Lo dejó encima del cadáver sin abrir la cremallera. Introdujo el cuerpo en la nevera y se fue. Ya era demasiado tarde.

¿Te ha gustado?

[Descubre "El Forense", la primera entrega del forense Fosco Merrell](#)

[IR AL LIBRO](#)

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

Una exhumación revela un indicio que no tiene nada que ver con la causa de la muerte.

El caso no resuelto de una vieja masacre vuelve de actualidad.

Los secretos no entienden de compasión, solo de verdades.

Fosco Merrell, acompañado por la tenaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Dønati Vihëls, en una carrera contra el tiempo para resolver un enigma que entrelaza el pasado con peligrosas mafias en guerra y una corrupción que devora todo a su paso.

¿Hasta dónde llegarán para desvelar la verdad detrás del crimen que conecta su pasado con el presente turbulento de Akeron City?

En Akeron City, los secretos no mueren; se entierran hasta que alguien como El Forense Fosco Merrell consigue desenterrarlos.

Con una trama que teje suspense, misterio, y una red de traiciones, esta novela te arrastrará a las profundidades de la investigación forense.

Haz clic y adéntrate en el misterio.

Descubre el *"El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos."*, donde cada cadáver cuenta una historia de traición y poder en las sombrías calles de Akeron City.

El Forense es un thriller policíaco que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá Fosco vengar su pasado antes que sea demasiado tarde?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como *Reina Roja* de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker,

Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

[IR AL LIBRO](#)

¡ADELANTO GRATIS! - Saga Álex

Cortés

Comienza a leer gratis la saga del sargento Álex Cortés con:

LA PRIMERA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL SASTRE DEL DIABLO

THRILLER

CRIME SCENE DO NOT CROSS

RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer los primeros capítulos de la primera investigación de Álex Cortés:

PRIMEROS CAPÍTULOOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Álex Cortés no estaba preparado para lo que estaba a punto de ver.

Necesitó respirar varias veces antes de seguir avanzando por el despacho. Su carrera como agente de la policía científica lo había llevado hasta esa habitación, pero de pronto sentía que la situación le iba grande.

Hacía relativamente poco que había llegado a la comisaría central de Barcelona como nuevo agente del grupo de investigación criminal. Para él, originario de Tarragona, aterrizar en la capital fue un gran logro. Se había sentido importante, pero solo hasta ese momento.

El estado del cadáver que tenía delante le estaba haciendo replantearse muchas cosas.

¿Qué clase de persona cometía semejantes atrocidades?

¿Por qué torturar así a un hombre?

Hasta entonces había pensado que eso solo sucedía en las películas.

Al parecer, la maldad era un virus más difundido de lo que Álex había pensado.

Se encontraba en una oficina poco iluminada. Tenía sofás rojos de terciopelo y espesas cortinas que atenuaban la luz. La vieja moqueta verde tenía algunas manchas. En el aire flotaba un aroma siniestro; una energía insana más propia de un cementerio.

En el pequeño escritorio había pocos documentos, ni siquiera un ordenador. Los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, que olía a muerte y a nidos de ácaros.

En las paredes colgaban cuadros baratos con imágenes explícitas: una decoración más propia de algún prostíbulo de Castelldefels o de la Junquera que del barrio del Poble Sec.

Junto a Álex se encontraba otra agente, la oficial Karla Ramírez, de la misma promoción de la academia. Ella se detuvo también, mientras los dos intentaban asimilar lo que estaban viendo.

Un flash los alcanzó de pleno.

El compañero de la científica se dio cuenta de su presencia y bajó la réflex, dejando ver su cara.

—¿Qué narices hacéis aquí? —les espetó el hombre, autoritario—. ¿Pensáis que por ser de investigativa podéis hacer lo que queráis? ¡Fuera de aquí! Si queréis entrar, id a vestiros con los elementos de protección.

Los dos agentes sacudieron la cabeza, dándose cuenta de que habían entrado en la estancia sin bata, gorro, cubrezapatos, o mascarilla.

Retrocedieron y se vistieron con trajes blancos. A Álex le costó que todos sus rizos negros cupieran debajo del gorro. Cubrió con la

bata su atuendo, que lo hacía parecer una estrella de rock más que un policía. Una vez listos, los dos agentes volvieron a entrar.

La víctima estaba en el centro de la estancia, mirando a la puerta y sentado en una silla. Tenía las manos atadas por detrás del asiento, impidiéndole moverse. La cabeza yacía sobre la barbilla. La sangre, que ya había dejado de gotear de la boca, había ensuciado su traje, caro pero mal conjuntado. Era negro, a rayas, combinado con una corbata oscura y camisa color vainilla.

Karla y Álex se acercaron al muerto. Seguía con los ojos abiertos, como si quisiera decir algo a su verdugo. Petrificado en el momento de su muerte.

Álex levantó la mirada: el despacho no disponía de cámaras, y el pasillo tampoco.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Karla.

Ella se arrodilló, colocándose a la altura del rostro del cadáver.

—Desde luego, querían que este hombre sufriera —contestó observando el rostro.

—En la academia no te enseñan cosas así...

—Supongo que nuestros compañeros del FBI tienen casos como este a diario —replicó ella.

Álex se alejó del cadáver y se acercó al compañero que estaba realizando las fotos. Le alargó la mano con timidez y el hombre bajó la cámara de fotos, le miró a los ojos y se la estrechó.

—Mario, de científica.

—Álex, investigativa, grupo homicidios.

—¿Nuevo?

—No, llevo unos meses en la comisaría.

—Eso ya se ve, pero me refiero con cadáveres así —dijo mientras señalaba con la cabeza al muerto.

Álex enarcó las cejas en un gesto irónico.

—Ya veo —contestó Mario.

—¿Qué habéis descubierto?

—De momento poco. Nada de huellas aparentes, ni pisadas: el asesino ha sido pulcro. Os pasaremos el informe más tarde.

Álex asintió.

—¿El teléfono móvil?

—Estaba en un cajón del escritorio, lo llevaremos a informática forense —contestó Mario.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El conserje del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el hospital. Tuvieron que auxiliarle los del SAMUR porque al ver todo esto tuvo una crisis de ansiedad. Sigue en estado de shock.

—¿No puede haber sido él?

—No creo, aunque tampoco lo podemos descartar a priori. Pero eso es cosa vuestra. Suerte con esto, sabueso —concluyó Mario justo cuando alguien aparecía en la estancia.

—¿Qué? ¿Estamos de cháchara? —les espetó el recién llegado—. ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar! Venga, al curro.

En cuanto apareció el sargento Ortega, el ambiente en la escena del crimen se enrareció.

El sargento era el punto flaco del primer destino de Álex.

Lo vio entrar por el rabillo del ojo, sin dignarse a mirarle. Luciano Ortega era un hombre hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Llegó

de la benemérita cuando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra absorbió varios agentes de otros cuerpos de policía.

Su reputación le precedía. En los vestuarios de la comisaría se vociferaba que había pasado por una época de alcoholismo que supuestamente había superado. Se decía que estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo.

Vestía una camisa color gris claro con un botón abierto. Por debajo asomaba una camiseta originariamente blanca, que se había vuelto ya del mismo color que la camisa. La corbata, con un estampado floral, solo podía provenir de alguna tienda de ropa de segunda mano de *Els Encants*. La gabardina mostraba manchas y rozaduras y, en días de lluvia, le añadía un sombrero borsalino negro. De su boca siempre colgaba un pequeño caliqueño, que en la escena del crimen había tenido la delicadeza de apagar.

El sargento se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Usted también? ¡Póngase de blanco! —gritó Mario.

—Tranquilo, hombre, ¿no ves que me he quedado en la puerta?

—Da igual, puede contaminar la escena.

—Sigue con tus fotos, rata de laboratorio.

Mario apretó los dientes y, con mucho esfuerzo, siguió con la inspección ocular.

Ortega no era conocido por sus modales y todos esperaban, casi más que él mismo, que se jubilara y se fuera. Su poco compromiso con el cuerpo y su manera de trabajar le habían impedido avanzar en la jerarquía.

Álex observó la escena, a distancia, con expresión de desprecio.

—*Mare meva* —dijo el sargento sin vocalizar del todo, sujetando entre los labios el pequeño puro—. Le han cerrado la boca, ¿eh?

El comentario no le gustó a Álex: le pareció una falta de respeto hacia la víctima.

Pero el sargento, en cierto modo, tenía razón: el asesino le había cosido la boca a su víctima, literalmente. Una cuerda le pasaba del labio superior al inferior, como puntos de sutura. A ese empresario le habían cosido el hocico.

De los orificios, alargados por la fuerza de la mandíbula y de su desesperación por pedir auxilio, había salido sangre a borbotones.

Álex miró a su jefe con desdén.

—Tenemos que gestionar esto —dijo Ortega—. Abajo está la prensa y no pueden saber que es la segunda víctima que encontramos así.

CAPÍTULO 2

Cuando Álex y Karla llegaron a la escena del segundo crimen, los periodistas todavía no habían llegado. Pero las noticias en Barcelona volaban y, cuando había un muerto de por medio, se convertían en pólvora.

Ortega podía ser muchas cosas, pero tenía razón. Si trascendían detalles de lo que habían hallado en esa habitación, a las pocas horas, primero en las webs de noticias y al día siguiente en los periódicos, tendrían la noticia de que había un asesino en serie por las calles de Barcelona.

Y eso tenían que evitarlo a toda costa.

Karla seguía mirando con distancia la situación, pero su expresión era un volcán a punto de explotar.

—Esperamos el informe hoy mismo —dijo en voz alta el sargento, para que lo oyera el de la científica—. Oye, tú...

—¡Se llama Mario! —soltó Karla sin mirarle.

Ortega miró a su subordinada como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Lo sé —contestó—. ¿Crees que no lo sé, mocosa?

—¿Entonces por qué no le llama por su nombre? —replicó ella, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, Karla —dijo Álex, interponiéndose físicamente entre los dos, con las manos en alto—. Estamos aquí por un asesinato y nada más. Mario nos lo enviará lo antes posible, ¿verdad?

Este afirmó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué nos quería decir de la prensa? —continuó Álex.

La expresión de Luciano Ortega mostraba el desprecio que sentía hacia Karla y Álex.

—Su señoría ha dictaminado el secreto de sumario. Por lo tanto... —dijo y concluyó acercándose el índice a la boca—. Ni se os ocurra decir nada.

Álex se giró hacia donde estaba Karla.

—Bien, yo creo que hemos acabado aquí —le dijo.

—Tenemos que ir a la comisaría, el subinspector Rexach quiere vernos. Quiere que analicemos los dos casos juntos —dijo Ortega. Después se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Te has vuelto loca? No hace ni seis meses que estamos aquí y nuestro jefe nos odia. Tu actitud desde luego no ayuda —dijo Álex a Karla.

—Ese engreído cree que nos puede tratar como títeres y es el primero que se pasa las normas por el forro.

—Shhh —dijo Álex, mirando hacia la puerta y dando a entender que Ortega aún podía oírlos.

—¿Y tú? Eres peor que él. Bajas la cabeza y te dejas insultar —dijo ella.

—¿Insultar? No, se llama mando.

Karla soltó una risa cínica.

—¿Mando? O... ¿mando a distancia?

Álex tragó saliva y declinó contestar.

Fue hacia Mario y le preguntó en cuánto tiempo tendría el informe. Este le contestó que las fotos se las podía mandar inmediatamente, pero que para el resto necesitaría casi todo el día.

Al despedirse de Mario, Álex sintió por primera vez una cierta afinidad con alguien del otro departamento de la comisaría, la científica. Mario tenía algo más, aunque aún no sabía qué era.

Al volver hacia la puerta pasó al lado del cadáver, que seguía allí, sentado como un espectador silencioso de su propia muerte y de los juegos de poder del cuerpo.

El cordel que juntaba sus labios no era la única anomalía de aquel cadáver ya endurecido: su frente mostraba una profanación, que podía haber sido un mensaje. La piel de la frente había sido incisa con un objeto punzante, como un bolígrafo en una hoja en blanco:

AP98

¿Qué podía significar aquello?

¿Un mensaje cifrado?

¿Una firma?

Álex lo miró por última vez, arrugando las cejas. Si era una firma, ¿quién era AP98? ¿Un seudónimo, o unas iniciales?

Aunque aún no lo entendieran, aquello era una pista, y sin duda los acercaría al asesino.

Karla y Álex pasaron entre los periodistas sin decir palabra. Entraron en el coche y fueron hacia la comisaría. A Karla le gustaba conducir y prefería hacerlo ella.

Álex miraba los rótulos de las tiendas a través de las ventanillas, mojadas por la insistente lluvia invernal.

La cuerda y la incisión ocupaban los pensamientos de Álex. Ese asesinato era muy parecido al anterior.

¿Se encontraban frente a una serie de asesinatos? Y, si así era, ¿cuántos más vendrían?

Se dirigieron a la cita con el subinspector, en la que analizarían los detalles y similitudes entre las dos muertes. Esperaban que aquella reunión arrojase algo de luz sobre ese caso, el primero tan complejo para Álex Cortés.

¿Te ha gustado? TE REGALO EL LIBRO

[Descubre "El Sastre del Diablo", la primera entrega del inspector Alex Cortés.](#)

[DESCARGA AL LIBRO](#)

Un nuevo caso sacude la ciudad de Barcelona.

Todo empieza con un cadáver quemado en un túnel, en una noche de primavera.

Álex Cortés no tardará en darse cuenta de que ese es solo el primero de una larga cadena de asesinatos.

Todos los cadáveres presentan las mismas marcas en las muñecas, lesiones similares y el mismo *modus operandi*. Es la firma del nuevo asesino de Barcelona.

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del

móvil este código:



Mi Podcast

LA COSA MEDITERRÁNEA

Un pódcast dirigido por los escritores independientes Pablo Poveda y Riccardo Braccaioli donde hablamos de libros, escritura, estilo de vida mediterráneo y mucho más.

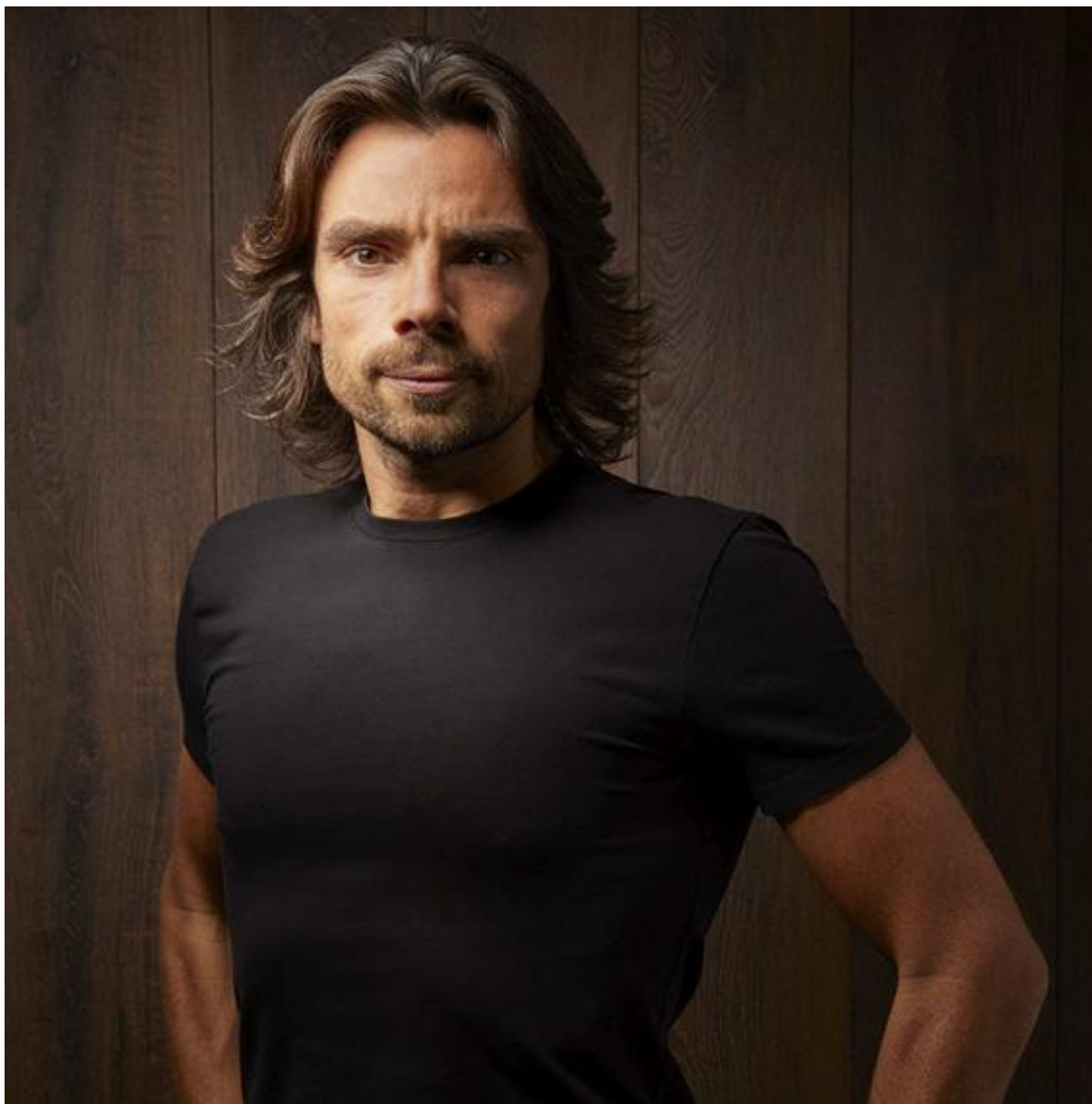
En esta página web, encontrarás todos los links a los episodios y a nuestros libros gratis.

[ENLACE AL PODCAST](#)



[ENLACE AL PODCAST](#)

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava*.

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

[El Secreto del Pantano](#)

[Vivo Porque Mato](#)

[A Rey Muerto, Rey Puesto](#)

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Gildo Falcone

[Muerte en Roma](#)

[Muerte entre Viñedos](#)

[Spaghetti, Albóndigas y Venganza](#)

[Conspiración en Roma \(Cuento de Navidad\)](#)

Serie El Forense

[El Forense](#)

[Los Muertos También Disparan](#)

[Un Mundo de Sombras](#)

[Las Marcas del Pasado](#)

[Asesinato en la Academia](#)

BIBLIOGRAFÍA

SERIE

ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO
9. VIVO PORQUE MATO
10. A REY MUERTO, REY PUESTO

SERIE

GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA
4. UN FUNERAL EN ROMA
- + CONSPIRACIÓN EN ROMA (CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE

BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA



SERIE

EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN
3. UN MUNDO DE SOMBRAS
4. LAS MARCAS DEL PASADO
- + ASESINATO EN LA ACADEMIA



Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:



RICCARDO BRACCAIOLI

Comprar por 2,99 €

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de

✓ [Leer más](#)

Sigue al autor

 [Riccardo Braccaioli](#)

[+ Seguir](#)

Longitud de impresión
1.
554 páginas

Idioma

Español

Los clientes que vieron este producto también vieron

